

D



P. LOTE

WANTASMA

DE ORIENTE



PQ2472
F3
S6

N
L833f

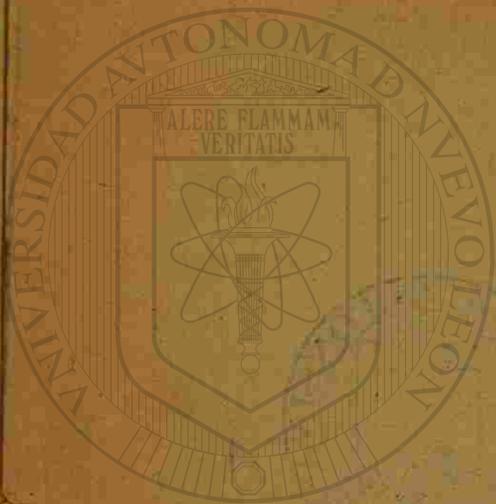


1020026860



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fantasma de Oriente

Núm. Clas

Núm. Autor

Núm. Adg.

Procedencia

Preslo

Fecha

Clasifico

Químico

N
L 8334

30416

-8-

29



SELECCIÓN DE NOVELAS BREVES

PEDRO LOTI

Fantasma de Oriente

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EDITORIAL CERVANTES

Rambal Cataluña, 72
BARCELONA

30486

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
CALLE CATALUÑA, 72
APO. 1523 MONTERREY, MEXICO

EDITORIAL CERVANTES
CALLE CATALUÑA, 72
BARCELONA, ESPAÑA
099632

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



843
L.

PQ 2472
F3
56

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

APODERADO GENERAL EN SUD-AMÉRICA
JOSÉ BLAYA
FORMOSA, 463 :: BUENOS AIRES

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Imp. E. y J. SOLÁ, Valencia, 200 - Barcelona - Telá. 1282 G.

PIERRE LOTI

Luis María Julián Viaud, conocido en todo el mundo por Pierre Loti, nació en Rochefort (Francia), de una antigua familia protestante. Se inició como marino en el navío «Borda», en 1867, e hizo campaña en Oceanía, Japón, Senegal y Ton-Kin. Aunque dotado de un carácter enérgico, era el joven marino, al principio de su carrera, de una tan singular timidez, que sus compañeros le llamaban Loti, nombre de una pequeña flor de la India, que se oculta discretamente. En 1898 fué retirado de su cargo de oficial de marina, y apelando al Consejo de Estado fué al año siguiente, promovido capitán de fragata, y sirvió en la escuadra mandada al extremo Oriente, a consecuencia de los sucesos acaecidos en 1900. Un año después fué elegido miembro de la Academia Francesa.

Sus mejores obras son: Aziyadé, Rarahu, El casamiento de Loti, La novela de un



«spahi», Mi hermano Ives, El pescador de Islandia, Crisantema, Propósito de destierro, Japonerías de Otoño, En Marruecos, El libro de la piedad y de la muerte, Fastasma de Oriente, Marinero, Jerusalén, la Galilea, El desierto, Ramuncho, Reflejos de la obscura senda y Las desencantadas.

Loti es un impresionista que no se preocupa del análisis psicológico de los personajes que intervienen en sus libros, que por regla general no pueden llamarse propiamente novelas. El encanto verdaderamente extraordinario y único de sus obras emana de la potencia lírica de este poeta, que no ha escrito jamás en verso, y que presta el reflejo de su alma al mundo circundante. Las obras de Loti son populares en todo el mundo civilizado.

Fantasma de Oriente ⁽¹⁾

I

Septiembre: 188...

Medianoche, después de un fresco atardecer de septiembre en el que ya se anuncia algo del otoño. Silencio por doquier. En mi casa familiar, apaciblemente adormecida, permanezco solo, desvelado, sumido el espíritu en gran turbación de ansiedad y de espera. Poco después de las dos, me retiré a mi cuarto, diciendo que iba prudentemente a acostarme, en previsión de mi partida matinal del día siguiente. Más el sueño no

(1) Salvando los fueros de la ortografía,—y más, cuando ésta se pone al servicio de voces onomatopéicas—de la prosodia y hasta de las puras adaptaciones castellanas, conservamos, por respetos al autor, tal cual él la escribió, la notación de muchos nombres propios de personas y de lugares; así como la de las palabras exóticas, para franceses y españoles, que aparecen en este bello libro, de fama universal.

(N. del T.)

«spahi», Mi hermano Ives, El pescador de Islandia, Crisantema, Propósito de destierro, Japonerías de Otoño, En Marruecos, El libro de la piedad y de la muerte, Fastasma de Oriente, Marinero, Jerusalén, la Galilea, El desierto, Ramuncho, Reflejos de la obscura senda y Las desencantadas.

Loti es un impresionista que no se preocupa del análisis psicológico de los personajes que intervienen en sus libros, que por regla general no pueden llamarse propiamente novelas. El encanto verdaderamente extraordinario y único de sus obras emana de la potencia lírica de este poeta, que no ha escrito jamás en verso, y que presta el reflejo de su alma al mundo circundante. Las obras de Loti son populares en todo el mundo civilizado.

Fantasma de Oriente ⁽¹⁾

I

Septiembre: 188...

Medianoche, después de un fresco atardecer de septiembre en el que ya se anuncia algo del otoño. Silencio por doquier. En mi casa familiar, apaciblemente adormecida, permanezco solo, desvelado, sumido el espíritu en gran turbación de ansiedad y de espera. Poco después de las dos, me retiré a mi cuarto, diciendo que iba prudentemente a acostarme, en previsión de mi partida matinal del día siguiente. Más el sueño no

(1) Salvando los fueros de la ortografía,—y más, cuando ésta se pone al servicio de voces onomatopéicas—de la prosodia y hasta de las puras adaptaciones castellanas, conservamos, por respetos al autor, tal cual él la escribió, la notación de muchos nombres propios de personas y de lugares; así como la de las palabras exóticas, para franceses y españoles, que aparecen en este bello libro, de fama universal.

(N. del T.)

llega. Encerrado en mi departamento particular, errando sin objeto de una habitación a otra, permanezco vagamente pensativo, como en la víspera de mis grandes marchas de marino para campañas largas y lejanas, y, en mi interior paso una lenta revista siniestra, de tiempos ya lejanos, de cosas, para siempre acabadas, de rostros borrados ya por la muerte.

Sin embargo, esta vez no salgo más que por un mes; no iré más allá de Constantinopla;... pero el viaje será triste.

Menester ha sido que en aquellas tierras se haya realizado un acto inolvidable de este negro hechizo que ha sido mi vida, para que yo me inquiete, de tal modo, ante la sola idea de volver allá; para que todo cuanto de allí proceda: una palabra tártara que asalta mi mente; un arma oriental; una tela turquesca, un perfume, me sumerja de pronto en un ensueño de desterrado en el que reaparezca Estambul. No es, no, obra sólo del arte la de que mi retiro de aquí se parezca al de cualquier emit de otros tiempos, sea semejante a una morada oriental, que, por sortilegio, se haya incrustado en medio de mi querido casón hereditario, con sus arcos dentellados, sus arcaicos bordados de oro, sus blancos enlucidos. Un hechizo

del que yo no sabré desprenderme jamás, ha sido lanzado sobre mí por el Islam en el tiempo en que yo habité las riberas del Bósforo, encanto que yo he sufrido de mil maneras, en las cosas, en los dibujos, en los colores, hasta en las raras flores de ensueño que están aquí ingénuamente pintadas sobre los azulejos de mis paredes. Y, sobre todo, me atrae este encanto triste; me lleva hacia allá, donde yo estaré mañana.

Es, pues, verdad, que voy a volver a ver a Estambul... Es, ciertamente, real y próxima esta peregrinación con la que sueño hace diez años...

En los diez años que los azares de mi profesión de marino me hacen rodar por todos los cabos del mundo, nunca he podido volver allá; ¡nunca! cual si un hado funesto, una condena sin merced, me hubiesen alejado de allí constantemente.

Jamás he podido cumplir el solemne juramento de volver, que, al partir, empeñé a una muchachita circasiana, sumida en el mayor desconsuelo.

Y nunca más he vuelto a saber de ella, que fué la mujer adorada, a quien, yo creí haberme dado por entero, en cuerpo y alma, para siempre, a través del espacio y del tiempo infinitos.

Desde que yo la abandoné, constantemente esta visión, siempre la misma, me persigue en sueños: mi navío hace en Estambul una escala inesperada, rápida, furtiva; este Estambul vuelto a ver en sueños, es raro, dilatado, deforme, siniestro; apresuradamente salto a tierra, acuciado por la fiebre de llegar hasta ella; mil circunstancias me lo impiden, y mi ansiedad va creciendo a medida que el tiempo pasa... Después, de pronto, llega el momento de maniobrar y de partir sin haber vuelto a verla, sin haber hallado nada de su rastro perdido... y es tal la congoja que experimento, que me despierta...

Para tornar a leerlo durante esta velada de espera, busqué con temor un libro que yo, tiempo atrás había publicado, por necesidad de cantar mis males, de gritarlos a voz en cuello, a los viandantes del camino, fuesen ellos quienes fuesen; libro que desde el día en que salió a luz, nunca más me atreví a abrir.

¡Pobre librito mío, muy desmañadamente compuesto, a mi ver; pero en el que yo había puesto toda mi alma de entonces; mi alma vencida, presa de los primeros vértigos mortales, creyendo que yo no volve-

ría a escribir, y que no se sabría más tarde, quien era el autor anónimo de *Aziyadé*!...

(*Aziyadé*: un nombre de mujer turca, inventado por mí, para reemplazar el verdadero, más bonito, más dulce; pero que yo quería ocultar).

Con profundo recogimiento, cual si me asomase a mirar una tumba, levantando su lauda funeraria, comencé a volver estas páginas olvidadas, sorprendentes para mí mismo que las había escrito.

Por una parte, puerilidades que me hacían sonreír. Un tal Loti convencional a quien creía yo parecerme. Y, después, aquí y allá, bravuconadas, blasfemias, banales las unas, de las que os hago merced; tan desesperadas y tan ardientes las otras, que casi se convertían en plegarias. ¡Oh, tiempos de juventud, en los que yo me permitía orar y maldecir!

Mas todo lo inexpresado, que dormía entre líneas, entre palabras sordas e impotentes, se va despertando poco a poco, surgiendo de la larga noche en que yo lo había dejado desvanecerse. Reaparecen ante mí estos insondables fondos de mi vida, de mi amor de entonces, sin los cuales, por otra parte, carecerían estas páginas de su encanto profundo y de su íntima congoja. De

vez en cuando, por un recuerdo, por un sufrimiento que este libro evoca, siento cierta glacial sacudida, un estremecimiento del alma, que proviene de los hondos abismos, entrevistos en los grandes misterios desflorados. Misterios de preexistencias, o de no sé qué incógnito, que no puede ni aún vagamente ser formulado. ¿Por qué la impresión recobrada de pronto, de un rayo de luz de la luna de mayo, sobre esta pedregosa campiña de Salónica, en la que comienza nuestra historia, es suficiente para causarme este escalofrío?... O bien la visión de un sol de tarde invernal deslizándose en nuestro recatado alojamiento de Eyub... Ya una frase pronunciada por ella, que vuelve a mi memoria, impregnada de las inflexiones de la lengua turquesca, y del sonido de su voz juvenil y grave... Ya, sencillamente, la sombra de un recio muro, que lanza sobre un rincón de una calle solitaria, la pesadumbre de una mezquita vecina...

Todas estas cosas, tan pequeñas, apenas coercibles, casi inexistentes, ¿por qué están ligadas a las profundidades desconocidas del alma humana? ¿A qué algo anterior pretenden unirse; a qué aventuras muertas ya; a qué cenizas, dolientes aún, que de tal modo hacen lamentarse? Y,

sobre todo, ¿por qué se experimenta estos extraños sacudimientos del recuerdo, únicamente cuando se trata de países, de lugares, de tiempos tocados por el amor con su varilla mágica, deliciosa y mortal?

Multitud de páginas voy volviendo sin leerlas siquiera: aquéllas en que yo había ordenado, cambiado los sucesos con mayor o menor destreza, por las necesidades del libro, o para mejor despistar indiscretas averiguaciones. Después, he aquí nuestros últimos días en Eyub, con la desgarradora despedida, mientras la primavera se derramaba una vez más sobre el viejo Estambul, sembrando por las calles tristes las blancas flores de los almendros. Y, ahora, el fin; todo este pasaje imaginario de Azrael que yo había añadido, no solamente porque se me figuraba, dadas mis ideas de entonces sobre las historias escritas, que era necesario un desenlace; sino más bien, porque yo había soñado para nosotros dos, un final así. ¡Oh! Recuerdo que había compuesto con mis lágrimas y con mi sangre el desenlace tal, y, por más que fuese inventado, ha estado tan cerca de ser verdadero, que lo releo esta noche, después de tantos años, con una turbación que no esperaba, así co-

mo si, desde ultra-tumba, se volviere a leer la página suprema de la vida...

Bien. El verdadero fin continúa aún en el misterio. Tiemblo al pensar que lo conoceré muy pronto, ya que parto mañana para remover, allá, todas estas cenizas.

En cuanto a la verdadera continuación, héla aquí, sencillamente.

No; yo no sé nada más de ella. No fundamento sobre nada la convicción, al mismo tiempo dulce y desoladora, que hago de su muerte. Poco a poco, nuestra historia de amor se detiene; pero sin solución precisa. Nuestro diálogo se ha truncado; pero sin terminar.

Las raras y breves cartas que, al principio, y a pesar de la vigilancia feroz, a través de mil dificultades lograban llegar hasta mí, cesaron, siete años ha, de traerme sus ahogados lamentos. Terminadas, también, las cartas de *Achmet*; y terminadas de un modo inquietante: convertidas en raras, en inverosímiles; llenas de confusiones de nombres y de personas, que él mismo era incapaz de sufrir, con una persistencia tal en no hablarme jamás de ella, que yo no me atreví a preguntar ni a responder, ante el temor de redes tendidas, de manos ex-

trañas, empleadas en interceptar nuestros secretos.

¿Cómo, a distancia, descifrar este enigma? ¿Qué amigo, bastante adicto, bastante hábil, bastante seguro, se encargaría de estas inquisiciones en Estambul, a través de las prisiones del harém?... Además; año tras año, yo esperaba volver y, por lo contrario, los azares de mi vida me condujeron por otra parte; al Africa, a la Chira, cada día más lejos... Entonces, poco a poco, se realizó en mí una especie de apaciguamiento de estos recuerdos, sin que yo, ciertamente fuese el culpable; y se decoloraron como empolvados, como envueltos por las cenizas del sepulcro.

Sólo por las noches, durante los momentos lúcidos del ensueño, volvía a encontrar, siempre bajo la misma forma, mis sentimientos no satisfechos; siempre los imaginarios regresos a Estambul, a las cúpulas altas y oscuras perfiladas sobre un dilatado cielo mortecino; siempre las carreras anhelantes, detenidas, a mi pesar, por insuperables inercias y sin término; y, para acabar, siempre el despertar, a la hora precisa de nuestra unión, con la angustia y el remordimiento de haber malgastado los instantes

preciosos que me hubieran sido suficientes para llegar hasta ella.

¡Oh, el extraño Estambul, la aplastante ciudad espectral que yo he visto durante mis veladas!... Alguna vez, permanecía lejana, mostrando solamente en el horizonte su silueta confusa... Al caer la tarde, desembarcaba yo en alguna playa desierta, entreviendo allá, en lontananza, las torrecillas y las cúpulas... A través de fúnebres arenales sembrados de tumbas, emprendía mi carrera, entorpecida por el sueño, o bien me hallaba en los pantanos, en los que los lirios, los juncos y toda clase de plantas acuáticas, anudándose en torno mío, se enlazaban a mí y me aprisionaban. ¡Oh! ¡Y pasaba la hora, y yo no podía avanzar!

Otras veces, mi barco de ensueño me conducía hasta los muros de una ciudad santa; y, entonces, era en las calles donde yo padecía el suplicio de no llegar jamás; perdido en el laberinto inextricable, vacío y obscuro, corriendo hacia el barrio alto de Mchmed-Fatih, donde habitaba su anciano dueño. Luego, en plena marcha, me daba, de pronto, cuenta, de que yo no podía ir directamente a su casa, y vacilaba febrilmente, mientras lucían los minutos, no sabiendo ya qué resolución adoptar para encontrar,

siquiera, algún antiguo conocido que me hablase de ella; que supiera decirme, al menos, si vivía aún, o qué pudo haberle acontecido, y—si había muerto—en qué cementerio la habían sepultado... Mi tiempo se agotaba en indecisiones, en encuentros, con gentes semejantes a espectros que me obscurían el paso... Otras veces, dilapidaba mis minutos preciosos, deteniéndome, como en mis paseos de antaño, en los bazares de armas, sentándome en los cafés, para esperar en ellos a personas a quienes yo enviaba a buscar y que no llegaban nunca; o—y esto más—me extraviaba, presa de un profundo terror, en los barrios desconocidos y desiertos; en calles cada vez más estrechas, que me aprisionaban como trampas, en medio de una noche profunda; y, para acabar, llegaba de pronto la hora, la hora inexorable de zarpar, y el exceso de inquietud me hacía despertarme.

Durante estas obsesionantes pesadillas que, durante diez años me han acometido tantas veces, jamás, jamás he vuelto a ver—siquiera fuese desfigurado o muerto—su rostro juvenil, nunca he obtenido ni la más leve indicación, por confusa, por fantástica que fuese, acerca de su destino...

Y, ahora, el maleficio que de ella me te-

nía alejado, parece roto al fin. En completa posesión de mi actividad de espíritu y de vida, voy a volver a ver, en pleno día, a pleno sol, esta ciudad, que, para mí, ha ido poco a poco, fundiéndose en un oscuro sueño, hasta el punto de llegar a tenerla yo mismo, punto menos que por quimérica. Trabajo me cuesta creer que nada entorpecerá mi camino; que llegaré al fin; que deambularé por estas calles sin ser retardado por inercias de ensueño; que interrogaré a seres vivientes y que, quizás, tropiece con el querido rastro perdido.

Realmente, parto mañana; y parto de un modo tan prosáico y positivo como para un viaje cualquiera... Abajo están ya mis maletas prestas a ser recogidas de madrugada, por el carruaje que me conducirá a la estación. Apresuradamente, como durante toda mi vida lo he hecho, atravesaré Europa; de prisa, en tres días, en el rápido de París a Bukarest. En el camino, en los Cárpatos, me detendré, no obstante, una semana, en el palacio de una reina incógnita; alto que, indudablemente, tendrá algo de encanto y de ensueño, ante la inquietante etapa final. Después, desde Varna, por el mar Negro, en veinticuatro horas, me hallaré en Constantinopla.

Mis preparativos de viaje están, por suerte, terminados con anticipación. Nada turba la paz de esta velada, rodeada de silencio y de quietud.

Aprovecho estos momentos para recoger los menudos objetos preciosos que pienso llevar conmigo: cartas, amuletos, y cierta sortija que ella me había dado. Después, pleno de unción y de recogimiento, abro un cajoncito misterioso oculto bajo antiguos bordados orientales. Es la cuna en que duermen mil cositas traídas de Eyub; hojillas sobre las cuales aparecen algunas palabras turquescas, trazadas torpemente, con su escritura infantil; trozos cortados de la tela de nuestro diván de Brousse; restos de pobres flores que en otro tiempo crecieron durante la primavera, en los jardines de Estambul. En lo más hondo de este escondrijo, entre despojos, busco una dirección en caracteres arábigos que Achmet dictó al escribano público de la plaza de Jení-Djamí, la mañana misma de mi marcha. Según él, la nota habría de servirme de recurso supremo para encontrarlo, si yo no regresaba sino después de largos años, una vez agotados todos los sobres dirigidos a su propio nombre, dictado la antevíspera por Aziyadé: únicos medios de correspondencia con ellos.

Héla aquí, la minuta. Tiene cinco o seis líneas, y no termina del todo. Da el nombre y el escondite de una vieja armenia: «Anaktar-Chiraz; que vive en el arrabal de Karrim-Pachá, en una casita baja, en la plaza de Hadji-Alí. Al lado hay un vendedor de frutas y, en frente, un viejo que vende turbantes».

Achmet creía que esta mujer no abandonaría jamás su casa, por ser dueña de ella. Antes, ella le había recogido y cuidado durante no sé qué enfermedad, cuando él era un pobre niño huérfano. Según él, la viejecita lo quería mucho, y sabría siempre donde encontrarlo, aunque hubiese cambiado veinte veces de oficio y de hospedaje. ¡Pobre dirección cándida, que fué escrita, —oh, cuán bien lo recuerdo!— al aire libre, al fin de la mezquita, bajo los plátanos, con un claro sol de primavera y de juventud, y que ha dormido después, durante diez años, en las lobregueces de este cajón, mientras yo recorría el mundo!... Ha empalidecido; ha amarilleado; ha tomado el aspecto de un viejo documento concerniente a personas ya difuntas... Me hace daño volver a verla, tan ajada. Me parece inverosímil que pueda yo conducirla de nuevo al gran luminar de oriente y que las palabras

escritas en ella puedan servirme jamás para anudar un hilo conductor hacia seres que están aún vivos, que son reales, y no mitos fraguados por mi imaginación; espectros de mi memoria. Esta anciana armenia, este comerciante en frutas, este vendedor de turbantes, pobres gentecillas cualesquiera de un perdido arrabal; y aún este mismo barrio antiguo y mísero al que recuerdo vagamente haber ido una vez o dos, a sentarme con Achmet, a la hora crepuscular, bajo las parras centenarias de un melancólico café turco... ¿quién sabe lo que habrá sido de todo ello?... De todo ello, ¿quién sabe que es lo que yo encontraré!

Diez años son, por sí, un profundo retroceso en el que todas las imágenes se esfuman en la misma bruma. También, al principio, mi ensueño, se ha mantenido en un sentimiento de ansiedad aunque adormecido; mejor aún, de tranquila melancolía. Más he aquí, que, de pronto, una honda confusión me invade ante esta reflexión súbita: «¡Luego puede decirse, que ella vive!»... Durante tan largo tiempo, jamás esta idea se ha alzado ante mí de un modo tan pungente. En efecto... Puesto que yo no sé, nada; toda vez que yo no estoy seguro de nada, no es cosa imposible, que

pronto, dentro de pocos días—idea que, me hacía temblar de miedo, como si ello fuese a realizarse mañana—me hallase yo de nuevo ante ella. ¡Oh! volver a encontrarme de nuevo ante su mirada, que yo creí para siempre extinta; ante su mirada de dolor o de gozo; volver a contemplar—como ella decía—sus «ojos cara a cara!»... ¡Oh, qué congoja, que embriaguez las de aquel momento!...

¿Cómo estaría ella entonces?... ¿Cómo se conservaría su faz de veintiocho años?... ¿Se presentaría de nuevo ante mí con toda su femenina hermosura?... ¿Sería la misma muchachita de antes, esbelta, de verdes ojos del color del mar? ¿O bien, quién sabe si marchita, agostada, hija al fin, de la carne y del amor?... ¿Qué importa? Aunque estuviese envejecida y expirante... Yo la amo aún... Pero, de todos modos, el instante de esta extraña entrevista, será para entrambos un poco terrible y no habrá continuación, no habrá arreglo que pueda afrontarse sin espanto. Aziyadé y Loti, los de antaño, al menos, están bien muertos; lo que de ellos pueda quedar, se ha transformado; apenas les queda un leve parecido de rostro y de alma, como lo afirma este librito infantil que yo acabo de cerrar; los dos han muerto.

Es casi un sacrilegio decirlo: en los momentos actuales, creo yo que preferiría estar seguro de que sólo una tumba hallaría allá. Por ella y por mí, preferiría, que fuese ella quien me hubiese precedido en la destrucción final, en la reintegración al polvo inerte, que no piensa ni sufre. Y, entonces, iría yo a sostener mi juramento de retorno, ante alguna de esas urnas funerarias de místicas inscripciones de esperanza que tan severamente atraviesan la eternidad de los tiempos, en los bosques de cipreses.

Todo es pesadumbre e inquietud esta noche en mi alojamiento. Todo ha adquirido un aire lúgubre, al contacto de este sólo reverbero que deja sumido el fondo de la habitación en una obscuridad confusa. Acá y allá relucen los machetes de acero, las curvas hojas de los yataganes, y, sobre el rojo oscuro de la pintura de las paredes, los bordados exóticos parecen la representación simbólica de los misterios de Oriente, que son para mí, absolutamente incomprensibles. ¿Qué seres desconocidos, de una generación que precedió a la nuestra, han trazado en estos dibujos sus sueños, sus sueños inmutables? Aquellos que templaron estas armas y batieron estos oros, ¿qué quimeras acariciaban, qué esperanzas, qué amores? Yo

siento más lejos de mí que nunca, esos creyentes que ahora duermen en tierra santa, al pie de las blancas mezquitas. Todo este decorado oriental, se concita esta noche para hacerme sentir mejor cuán desemejantes son, hasta en el espíritu, las diversas razas humanas, y cuánta insensatez existe y cuán imposible y funesto es esto de ir a buscar el amor a aquellas tierras. Entre los dos distanciados que se aman, queda siempre la barrera de la herencia y de la educación fundamentalmente distintas; el abismo de mil cosas incomprensibles. Y es necesario preveer que, en seguida, cuando llegue su fin, ni aun tendrían para arrullarlos juntos en la hora postrera, un recuerdo común, un poco dulce, de las ilusiones religiosas de su infancia, ni la misma tierra, después para reunirlos.

Parece que el tiempo y la muerte os separan ya por anticipado, y que en ellos van a disolverse dos negaciones opuestas.

Aquí están las cosas impregnadas de perfumes turquescos como en un serrallo. Esto es demasiado, ya. Este silencio, enervante también aumenta aún la pesadez perfumada del aire. Abro de par en par las ventanas.

Continúa imperando el silencio, aumenta-

do aún, prolongado por el hondo callar de todo el contorno. Por el ventanal se deslizan una mariposa y los hilados rayos de luz de la luna. Con ellos, penetra una ráfaga de frescor, una brisa exquisita proveniente de los jardines, de la campiña, de las grandes marismas, por encima de los olmos de las murallas. Al contacto de este airecillo fresco me siento despertar cual si me librara de un sueño tenebroso y me acodo a la ventana para respirar la vida. Las cosas familiares de la vecindad se me aparecen entonces; los lugares siempre conocidos. Los reflejos lunares les prestan esta noche algo de tranquilidad inmutable; un no sé qué de irreal, de fantástico; más ellos son ciertamente los mismos, los mismos que yo he visto durante toda mi vida: estos viejos tejados; estos hastiales; las hondas zanjas de los jardines; las sombrías masas de verdura... y diríase que todo esto, me canta ahora un breve himno melancólico de la tierra natal, que me aconseja no la abandone. ¡Tantos y tantos más sencillos que yo, no han desertado jamás este país, ni aún este vecindario!... Quizá, si yo hubiese obrado como ellos...

Una vaharada asciende de los jardines; un olor a humedad, a musgo, a hojas muertas, peculiar de las primeras noches frías en

las que se elevan las primeras nieblas ligeras. ¡Otoño ya! Un verano más que se va, que habrá ya transcurrido cuando yo vuelva a Estambul. ¡Oh! Y yo voy, por este viaje, a perder nuestros últimos hermosos días de aquí, en plena floración, la más bella, de los rosales de nuestros muros; y, este año, no veré ya dos amados vestidos negros paseándose por nuestro patio, durante, los últimos esplendor de septiembre... Y, dado lo imprevisto de mi profesión de marino, ¿quién sabe cuando volveré a ver estas casas?... Heme aquí, ahora, indeciso, en esta víspera de marcha, atristado, casi retenido, por el sentimiento de lo que abandono.

Después, bruscamente, todo cambia desde que he penetrado en el gabinetito turco, rojo oscuro, en que lucen las armas. Todo se olvida ante la inquieta impaciencia de Estambul, sencillamente a causa de un amuleto que yo he ido a buscar en el fondo de un cofre, y que he colgado de mi cuello.

Desde mucho tiempo atrás no había yo visto este amuleto de Oriente. Está compuesto por no sé qué minúsculos objetos misteriosos encerrados en un saquito; la bolsita, cosida bastante torpemente por una mano poco diestra, que había procurado, por tanto, esmerarse en su labor, está construída

con un trozo de brocado de oro en el que aparece bordada una flor color de rosa. A este fin, la tela ha sido cortada, escogida entre lo que restaba mejor conservado de cierto vestidito que una niña circasiana había llevado durante dos años de su vida, para ir al colegio, por entre sendas de altas hierbas a lo largo del Bósforo, en el pueblecito de Kanlidja.

Creo yo que es tan antigua como el mundo esta puerilidad de cambiar entre sí, cuando se ama, livianas cosillas, pertenecientes a los primeros años de la existencia para hacerse con ellas, amuletos contra el mútuo olvido. Esto lo he visto ya, repetidas veces, entre gentes de razas completamente distintas. Y esta uniformidad en los sentimientos humanos, es, ¡ay! para hacerme dudar, anticipadamente, de la propia individualidad de las almas. Cuando se piensa en esto, se está tentado — tan parecidas son — a no mirarlas más que como emanaciones efímeras de ese mismo todo impersonal, que es la especie, indefinidamente renovada.

Así, pues, ocurre en nosotros: cuando el amor crece y se eleva a convertirse en aspiración de duración eterna, o cuando la amistad llega a hacerse lo bastante profunda para hacer sentir la inquietud de su fin, se

UNIVERSIDAD
 NUEVO LEON
 ALFONSO MARÍA
 1930. 1625 MONTERREY, LCO.

acaba por volver las miradas atrás, hacia la infancia de aquéla quien se ama. El presente nos parece insuficiente y corto; y, entonces, como se sabe que lo porvenir, *acaso no llegue jamás*, se trata de volver a apresar lo pasado; que, por lo menos, *ha sido*. ¿A quién te parecías tú cuando eras chiquitina?... Dime ¿cómo era tu carita?... ¿Cómo tus vestidos?... ¿Con qué soñabas tú cuando eras muchacha?... ¿Cómo eran tus andares y tus juegos?... Y yo, a mi vez, yo tengo también que contarte mis primeras alegrías de niño; mis primeras penas; hasta yo mismo, tengo interés en obsequiarte con una cosita de aquellos tiempos; una nonada que tengo en la mayor estima...» En Eyub, en el misterio, preñado de peligros, de nuestro cuartito turco, encerrados en él los dos, inquietos ante los menores ruidos que herían el pesado silencio que nos rodeaba, con frecuencia dedicábamos nuestras veladas de invierno a charlas de esta clase. ¡Y cuántas veces, durante mi vida,—antes de haberla conocido y después de haberla casi olvidado—cuántas veces ¡ay! he hecho lo propio, con unos y con otros, bajo la influencia de amistades dulces o poseído por el hechizo mortal de los amores! ¡Oh, señuelo piadoso, apesar de todos los pesares!

Y, sin embargo, quizás, la más hermosa parte de embriaguez de la vida, tras la cual deberá uno, acaso, contentarse con morir, ha consistido en que una muchachita deliciosa haya experimentado la necesidad de entregar un amuleto contra el olvido, y lo haya construido desgarrando la más sagrada de sus reliquias infantiles.

Este talismán de brocado de oro, ha producido, además, esta noche, su efecto mágico; pues ha completado de un modo misterioso, la evocación comenzada por la lectura del libro. De pronto, la que me lo había dado, se me aparece como si estuviese presente. Yo la veo, atando el amuleto a mi cuello; después, alzando hacia mí sus miradas, en las que se transparentaba su almita sencilla y grave; su rostro ha surgido de la noche, con la expresión de los posteros días y la suprema interrogación de sus ojos... Lo que quizás había entonces de un tanto ficticio; de un tanto vacilante ahora en mis sentimientos hacia ella, se ha disipado como una nube, con lo que, yo me he dicho, a mí mismo, de razonable, de frío, de egoísta y de tremendo, sobre las probabilidades de su muerte. ¡Oh, no! ¡En lugar de su tumba, que la encuentre pronto a ella, sea como sea y cueste lo que cues-

te! Aunque tenga yo que comenzar, después, a sufrir de nuevo, prefiero volver a verla. No es que lo espere, no; pero siento dentro de mí, que lo deseo a pesar de todo. ¡Oh! Volver a hallarla, aunque sea envejecida, aunque sea a punto de morir, aún convertida en sombra consciente, que pudiese comprender que yo he vuelto, y que escuchase aún mi demanda de perdón... Sombra que conservase aún la expresión de sus ojos; y a quien pudiese yo amar un instante, con lo más puro de mi alma y lo más tierno de mi piedad. O, si fuere menester, aunque la hallase después de haberme olvidado, joven aún, siempre hermosa, disfrutando en paz del estío de su vida; de algunos años de sol que constituyen su patrimonio, el de ella, como el de todas las demás criaturas, y que no tengo derecho alguno a arrebatarle.

Estas barreras de que yo hablaba; estas profundas diferencias de razas y de religiones, ¿no sé yo ya que todo eso existe? Por encima de todo eso pasa el amor, el encanto de una mirada, que va del fondo de un alma al de otra. Y, en este instante, si ella estuviese cerca de aquí, iría a buscarla de la mano, y sin vacilación, con una sonrisa, la conduciría hasta colocarla en me-

dio de cuanto de más querido y de más respetado existe para mí.

Todas mis vacilantes impresiones de esta velada, se funden ahora—en este desesperanzado arranque hacia ella, — en el tiernísimo deseo de verla una vez más.

II

Bukarest; octubre, de 188...

Cerca de quince días después, al otro extremo de Europa, en el regio palacio de un soberano, donde he llegado por la noche, y en el que estoy solo.

Habiendo atravesado, rápido, Alemania y Austria, he hecho un alto de una semana, cerca de la exquisita reina de este país, en su residencia de verano, en medio de los Cárpatos.

Ayer lo abandoné y, aquí, en Bukarest, donde debo pasar la noche, se me ha concedido hospitalidad en el palacio real, deshabitado en estos momentos.

No hay nada más desolado y más solemnemente triste que un palacio vacío. Tan pronto como me quedo solo en mi departamento, me siento envuelto por una clase de silencio especial. Desde muy lejos, el ruido de los carruajes, más incesante en Bukarest que en París, se me presenta como el sordo rodar de la tempestad. Estoy separado de

la calle bulliciosa por grandes plazas sin transeuntes, en las que vigilan los centinelas; y en el palacio mismo, nadie se mueve.

En el castillo de la reina, a pesar mío, me dejé distraer y seducir por mil cosas. Pero aquí, en esta mi última etapa antes de Estambul,—que no está más que a veinticuatro horas de mí—desde por la mañana, solo oigo sonar contra el pavimento, cada vez más distintamente, como en crescendo, el paso regular de los centinelas que guardan las puertas.

Martes, 5 de octubre.

A las cuatro de la madrugada, antes de amanecer, dejo el palacio real. Hace frío en las calles de Bukarest. Un carruaje me conduce a la estación, a rienda suelta, en medio de un mar de coches que ruedan en la obscuridad. El cielo tiene un aspecto glacial de invierno. A lo largo de estas calles rectas y modernas, que se parecen a las de cualquier capital de Europa, yo no sé ya a punto fijo dónde estoy, ni a dónde, tan rápidamente me llevan estos caballos. De todos modos, no me doy cuenta exacta de que voy

camino de Estambul y que llegaré allá mañana.

A las cinco de la madrugada, estoy ya en el tren, en los pesados vagones-camas del Oriente-Exprés.

Después, hacia las diez, el tren se detiene a la orilla del Danubio, que es menester franquear en barco. Mucho frío siempre, con una ligera bruma velando los horizontes de una llanura de plata, dilatada, infinita. Mas aquí apunta ya la indumentaria de oriente. Nuestros barqueros van tocados con el fez; y, sobre el río, barcas inmóviles de largas bergas, ostentan el pabellón turco, rojo, con la medialuna blanca. Y renace en mí, más punzante y súbito, el sentimiento del plan que me guía en esta fresca mañana de octubre, a través de estas aguas y de estas praderas.

En la orilla opuesta asaltamos un pequeño y destartalado convoy que durante el día debe hacernos atravesar Bulgaria.

¡Cuán sombría y bárbara resulta en este día de otoño, esta Bulgaria en revolución y en guerra!

Una larga parada, hacia el mediodía en no sé qué pueblo, en medio de una llanura desierta. En ella hay establecido un campamento de caballería. Los jinetes visten

traje de campaña, adoptando un gesto bravo y soberbio, prestos a combatir al día siguiente. Su charanga se alinea en círculo para ofrecernos una tocata extraña, de rara tristeza oriental; algo como una marcha guerrera, lenta y obstinada hacia un objeto que sería la muerte... Y, escuchándolo, me siento a punto de llorar. Cada vez más, esta proximidad a Estambul, reviste, para mí, de una importancia exagerada las cosas más triviales del camino, presentándomelas como a través de un crespón.

A medida que avanzamos hacia el Mar Negro, el aire se va entibiando. Las estaciones—las pobres aldeas perdidas, de trecho en trecho, en medio de regiones desoladas—comienzan a ostentar nombres tártaros que yo puedo comprender y traducir, y que me encantan; como si regresase a una patria conocida: *El Mercadito... El Diablejo...* etcétera. Trajes turcos, turbantes, vestidos de burdo paño, entrecillados de negro, comienzan a presentarse en los vallados—y yo, aguzo el oído atentamente, para escuchar a estas gentes hablar la dulce lengua amada, en este triste y áspero país.

Varna aparece al fin y saludo sus primeras torres, sus primeras mezquitas.

Cuando embarcamos en el bote que nos

conduce al vapor que ha de llevarnos a Constantinopla, el Mar Negro está sumido en plácida calma. El aire es tibio, ligero, y Varna se aleja de nosotros, con sus torrecillas bañadas por los luminosos oros del sol naciente.

Una ruidosa mesa redonda, en este paquebot abarrotado de turistas; y, por lo tanto, y para mí, el olvido momentáneo, entre la baraúnda de voces y enmedio de la banalidad de las cuestiones que se discuten.

Pero, después, cuando paseo sólo, en la noche gris, sobre el puente de este vapor que hace rumbo al sur, que se desliza tan rápido, sin bandazos, sin ruido, cual si patinase, recuerdo que estoy ya casi al término de mi viaje, y que llegaré mañana. Me asombra, al hallarme a bordo, por hábito de mi profesión, no tener que prestar servicio; estar, entre estos marineros que no me obedecerían, y para quienes soy desconocido. Nada me interesa, ni las maniobras ni el rumbo; y esto, me parece un poco inverosímil. Basta con esto, en la vaguedad de esta noche, para arrojar sobre la realidad de mi presencia a bordo, algo de la incertidumbre de un sueño. Nadie conoce aquí mi nombre; menos aún lo que yo voy a hacer en estas

tierras, y cómo su proximidad me atribula. Este regreso a Estambul, adquiere a esta hora un cierto aire de clandestinidad, de fúnebre, mismamente, entre el silencio cada instante más absoluto del barco que, huyendo, se adormece.

Instintivamente mis ojos miran y siguen dos o tres luces lejanas, apenas perceptibles que parecen agujereadas, por casualidad, en la inmensidad neutra—mar o cielo; quién lo sabe!—y que son faros de la costa de Turquía. El mar se va aplomando cada vez más, y nuestra marcha, es a cada momento más y más resbaladiza enmedio de la noche confusa en la que el horizonte carece de contornos.

Siempre, entre sueños, mis imaginarios retornos a Estambul se realizaban así; deslizándome en la obscuridad; y, esta noche, termino por sentir, casi, la impresión de no ser yo más que un fantasma de mí mismo, en ruta nocturna hacia el país que tanto he amado...

Jueves, 6 de octubre.

Al alborear, un empleado de acento extranjero viene a advertir a los pasajeros, en sus camarotes, que la entrada en el Bósfo-

ro se aproxima. Yo acababa, apenas, de dormirme, empleando la noche en soñar, y me desperté sobresaltado, sintiendo sacudido mi corazón al sólo conjuro de este nombre: ¡el Bósforo!...

Sobre el puente, donde se notaba frío, uno a uno fueron apareciendo los pasajeros, indiferentes, decepcionados ante lo que se les enseñaba. En efecto, la entrada en el Bósforo es más bien desagradable, entre estas montañas de vulgar aspecto, que se esbozan, muy confusamente, entre tintas obscuras.

Es un amanecer de otoño, brumoso y gris, bajo un cielo neblinoso, inmóvil. Apenas se distingue nada entre estos vellones de niebla que penden como velos.

Enojoso, para estos turistas. El efecto de la llegada, fracasará. En cuanto a mí, que no tendré más que dos días y medio, sólo dos días y medio para esta peregrinación, me pongo a reflexionar, que si el tiempo se mete en agua, como es probable, de cara ya el invierno, todo será más triste, más complicado, y mis investigaciones, más difíciles...

Ayer por la tarde, no vi los pasajeros de tercera que abarrotaban el puente. Ciertamente son verdaderos turcos, con caftán los

hombres, veladas las mujeres. Y, luego, de pronto, al acercarnos a tierra, un olor penetrante, especial, exquisito para mi olfato; un olor antaño bien conocido, y, después de mucho tiempo, olvidado; el olor de la tierra turca; algo que emana de las plantas o de los hombres, no lo sé; pero algo, que no ha cambiado y que, en un instante, me devuelve todo un mundo de impresiones de otros tiempos. Entonces, bruscamente, se practica en mi existencia como un hoyo; un derrumbamiento de todo lo que ha sucedido desde el día de congoja en que abandoné a Estambul; y me hallo de nuevo en Turquía, completamente en Turquía, mismamente antes de haber levantado de ella mis pies, como si una cierta alma mía, que jamás se alejara de aquí, viniese, de nuevo, a tomar posesión de mi cuerpo irresponsable y errante...

Comenzamos a bajar por el Bósforo y la gran fantasmagoría de sus dos orillas se va desarrollando lentamente. Lo reconozco todo; los palacios, las más pequeñas villas, los menores macizos de árboles... Y me hallo tan tranquilo en estos momentos, que me causa asombro; que no me lo explico, cual si fuese ayer, nada más, cuando dejé el territorio turco... Un poco de ansiedad, sola-

mente, al pasar por frente a los cementerios, en los que, a la orilla misma del agua, están las tumbas de las mujeres, bajo los altos cipreses gigantes de rojizos troncos y de negro follaje. ¡Oh! cómo contemplo estas tumbas, con sus piedras encima, terminadas siempre por una especie de coronamiento simétrico, representando flores. De repente me asalta el deseo, acompañado de una vaga inquietud, de seguir con la vista, a medida que se aleja, alguno de estos obeliscos, azules o verdes, con inscripciones de oro. Siempre me he figurado que su sepulcro debía ser así. Sin embargo, ¿quién sabe qué rostros, sin duda del todo desconocidos, duermen bajo aquellas piedras!...

He aquí ya los quioscos imperiales y los grandes haremes; después, la serie de palacios, completamente blancos, con sus andenes de mármol; y, por fin, allá, en lo alto, surgiendo de pronto de una niebla que se desgarra, la silueta incomparable de Estambul.

¡Oh! ¡Estambul está allí! Perfectamente real, rápidamente acercado a mí, ahora, bajo un aspecto puro, vulgar, devuelto a su apariencia ordinaria, que diez años de ensueño me habían cambiado un poco; pero, por lo demás, casi tan hermoso como

en mi recuerdo. Me admiro de estar cada vez más tranquilo de espíritu, hablando con los compañeros de viaje que me ha deparado el azar, y señalándoles como un guía, las mezquitas y los palacios.

El fondear es bullicioso en medio del batiburrillo de vapores, de veleros, que ostentan todas las banderas de Europa. Y, en seguida, comienza la furiosa invasión de botes, de aduaneros, y de faquines. Cien esquifes nos dan el asalto y todas estas gentes que suben a bordo, como una marejada, hablan y gritan en todos los idiomas de Levante. ¡Oh, yo conozco tan bien esto, esta baraúnda de las llegadas, estas voces, estas entonaciones, estos gestos!... Y esta aglomeración de navíos a nuestro alrededor, y estas humaredas negras, por encima de las cuales asoman allá, sobre el claro cielo, las cúpulas de las mezquitas santas... Yo mismo me mezclo en este bullicio; por otra parte las palabras turcas, aún las más olvidadas, reviven en mí, todas juntas. Con los barqueros por mi pasaje, con los faquines por mis maletas, discuto sobre cuestiones que me son de todo punto indiferentes, por necesidad de agitarme y de hablar, también. Hasta en el bote, en el que me instalo, por fin, con mis maletas, continúo no sé qué

30486

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

asombroso trato...—y, así, exceptuando un ligero temblor, acaso cuando mis pies se posan en tierra—me hallo sobre el muelle de Constantinopla.

Después de una hora perdida en formalidades de la aduana, de pasaporte y de no se qué más, sobre los muelles, en este barrio bajo de Galata, pleno siempre del mismo bullicio y del mismo estrépito, héme aquí, en breve, transportado a Pera, instalado en un hotel distinguido, en el que los turistas se amontonan.

Pronto dan las seis. ¡Qué modo de dilapidar el tiempo, cuando los más breves minutos debieran ser contados!

Además. Es menester desayunarse, abrir las maletas, vestirse... Y el tiempo continúa deslizándose.

La habitación en que yo me arreglo, es vulgar, situada en alto, dominando desde sus ventanas un conjunto de casas europeas, ordinarias; pero por encima de sus tejados, hay dos o tres golpes de vista maravillosos: uno de ellos sobre Estambul; otro, sobre Escutari, de Asia: cúpulas, torres, cipreses que aparecen como suspendidos en el aire. Y estas cosas, entrevistas apenas, son suficientes para darme, con una turbación deliciosa, y una necesidad un poco febril,

de apresurarme, la conciencia de esta vecindad. ¡Dios mío! ¡Quién sabe, cuánto habré yo averiguado esta tarde! ¡Ay, acaso nada! En sólo dos días, buscar en el gran Estambul misterioso, la huella, borrada ya, después de siete o de ocho años, de una mujer que formó parte de un harem... ¡Que insensato soy! No triunfaré jamás; no hallaré nada.

Mi plan, largamente meditado, es el de buscar, por de pronto, a esta vieja armenia del arrabal de Kassim-Pachá, indicado por Achmet, como recurso supremo; y de la cuál he encontrado la dirección la noche de mi partida. Si vive, acaso ella me dé la clave de todo, este sería el medio más sencillo y más rápido.

Mientras tanto, espero un intérprete que me ha prometido guiarme—pues necesitaré para mis pesquisas de alguien que sepa leer perfectamente el turco, que yo tan sólo hablo.

—Va a venir, va a venir—me dicen, con parsimonia desesperante.

Y el tiempo pasa, y él no llega.

No está, el maldito, en su casa.

Vuelvo al hotel, volando. ¡Más de las doce y media, ya! ¡Dios mío; cuánto tiempo perdido, cuando sólo dispongo de dos

días! Ocorre como en mis sueños: ¡todo me detiene!...

He aquí, por fin, un intérprete, que me guiará. Es un horrible viejo griego, astuto, huroneador, que se ofrece a acompañarme todo hoy y mañana. Como prueba, le presento la dirección de la vieja, que él lee de corrido. Sabe perfectamente dónde se halla situada la tal plaza de Hadji-Alí, en que ella vive, y va a llevarme allá, presuroso, pues el tiempo me apremia.

—Iremos más pronto a pie—dice.

Ganaremos tiempo por las encrucijadas que él conoce, por callejuelas en las que no podrían circular ni coches, ni caballos. Hémos, al fin, en marcha. Las nubes de esta mañana se han borrado del cielo. Gracias a Dios, hará un buen día; casi un día de verano, cálido, luminoso. Todo, así, resultará menos siniestro. Tengo en la mano las señas de la vieja Anaktar-Chiraz, el precioso grimorio chiquito, conductor, en el que todo mi plan se apoya y que, después de diez años, vuelve a ser su sol de Oriente. Camino con un paso rápido, acuciado por la fiebre de llegar, bajo la impresión física de haberme vuelto ligero, ligero, de resbalar, por decirlo así, sin rozar el suelo. Esto contrasta con la inercia de mis pesadillas, que, du-

rante tantos años, me retardaban, tan pesadamente, durante mis sueños. Paréceme oír hervir mi sangre en mi cabeza, circulando más aprisa que de costumbre. Quisiera correr, sin este viejo que me sigue y que me ata como una traba...

¿A dónde me hace pasar?... ¡Siempre y cuando me haya entendido bien!... He aquí barrios nuevos de los que yo no conozco nada. Todo ha cambiado. Se ha derribado atrozmente, por aquí, después de mi marcha —y estas transformaciones, tan grandes, del lugar, contribuyen a hacerme más penosa la sensación de que mi historia de amor y de juventud, ha huído con lo pasado, se ha hundido en el polvo; y, en vano buscaré yo su huella, desvanecida...

¡Ay, viejos barrios turcos de ahora,—callejuelas tortuosas, en las que comienzo a hallarme de nuevo, un poco en mi casa!...

Acabamos de descender a un suburbio, que me era familiar antaño... y tras este recodo, allá abajo, debe existir un antiguo convento de derviches vocingleros, lúgubre, con los catafalcos que se ven a través de las enrejadas ventanas, horripilante cuando se pasa junto a él de noche... Sí, allí está aún. Sin atenuar mi paso, lanzo una mirada por entre los barrotes de los ventanales. Siempre

los mismos viejos ataúdes cubiertos por los mismos viejos paños, tocados con los mismos turbantes, y todo ello, apenas un poco más roído que antes, por el moho y por la polilla. Cosa rara es que todos estos atributos de la mente, que han permanecido tal cual eran, despierten en mí recuerdos precisamente de primavera y de amor.

Voy orientándome cada vez mejor. Debemos de estar aproximándonos, estar cerca ya, del barrio de Anaktar-Chiraz, pues vislumbro cierta mezquita humilde, cuya cúpula, resquebrajada por los años, se alza enjalbegada entre negros cipreses; veo igualmente, el café; el café orlado de parras centenarias en el que Achmet me había presentado cierta tarde a la vieja armenia. Se acerca, pues, el término de la primera etapa de mi peregrinación, y me invade un poco de confianza; un destello de esperanza, de llegar al fin.

Como conozco muy bien la desconfianza que inspira un extranjero, voy a sentarme, apartado, en el jardincillo triste de este cafetín, bajo las parras amarillentas, cabe el antiguo muro y en el mismo lugar de antaño. Pediré una pipa, como un indígena cualquiera; y, mientras tanto, el viejo griego,

irá de un lado a otro preparando sus informaciones.

Presto vuelve descorazonado. Sin duda he debido inducirle a error—me dice—o mi papel es falso. Nadie sabe nada de eso en la vecindad.

Sin embargo, yo estoy absolutamente seguro de que era aquí; pues la vieja salía de su casa una tarde, cuando Achmet la llamó para presentarme a ella, y rogarle que aceptase las cartas que yo escribiría para él, desde Francia. Aunque haya muerto, es imposible que alguien no la recuerde. Es preciso que el viejo vuelva a interrogar a los ancianos del barrio, que insista, a pesar de los gestos duros y foscos... Doblaré la recompensa ofrecida.

Un cuarto de hora de impaciente espera. Vuelve a presentármese agitando, con aire de triunfo, un pedazo de papel, escrito con lápiz. Un viejo judío, que la conocía bien, ha consignado en la esquelita, mediante su por qué, la nueva dirección. No, no ha muerto; pero se ha mudado tres años ha, muy lejos de aquí, allá a Pri-Pachá, en los aldeanos extremos, cerca de los grandes cementerios israelitas.

¡Ay! ¡Cuánto tiempo se necesitará para trasladarse allá!... Y no obstante, yo tengo

BIBLIOTECA "ALFONSO REYES"
1025 MONTERREY, MEXICO

un rastro, una pista casi segura, que prehero ensayar antes que cualquier otro medio más peligroso y más incierto... A ver: que se busque, sea donde sea, caballos ensillados, y vámonos.

¡Ah, este trayecto a caballo, hasta Pri-Pachá! ¡Cómo hallar palabras que expresen la melancolía de esta luminosa jornada de otoño, bajo este sol, aún abrasador, que ha adquirido ya su aspecto moribundo de fin de verano!...

Caminamos a lo largo del golfo del Cuerno de Oro, más por la orilla opuesta a Estambul, y un poco alejados del mar en la melancólica campiña, rodeando las barriadas construídas a la orilla del agua.

Como hecho exprofeso, debemos volver a pasar por todos los lugares tan familiares antaño, que yo recorría durante las mañanas de invierno, cuando vivía en Eyoub—aquellas mañanas glaciales y tristes de febrero y de marzo—para volver a bordo de mi barco, tras noches deliciosas. Estos son, también los sitios que yo he vuelto a ver más a menudo, durante diez años, en mis visiones nocturnas. En el sueño de este día, aparecen más claros; pero no por eso los tengo por más reales.

Vamos de prisa, haciendo trotar a nues-

tros caballos siempre que podemos. Tan pronto descendemos a las hondonadas como subimos a las alturas, siempre un poco desolados, por este suelo árido, desde el cual, vislumbramos, allá, en la otra orilla, la gran decoración de Estambul, que la luz dora por completo.

Además de mi tristeza, que me presenta hoy las cosas vivas, bajo un aspecto de muerte, otra tristeza impera eternamente aquí, y se cierne sobre los alrededores de Constantinopla.

Ya traté de expresarla en uno de mis primeros libros; más no pude conseguirlo; y hoy, cada piedra, cada sepultura con que tropiezo en mi camino, hacen revivir en mí las impresiones de antes, con el tormento interior, que ha constituido uno de los más constantes de mi vida, de verme impotente para recoger y consignar por medio de palabras, lo que veo, lo que siento, lo que sufro...

Por todas partes, sobre las rocas, sobre la hierba cortada, se extiende un triste uniforme, gris rojizo, que es como la pátina del tiempo. Diríase que una ceniza recubre este país, sobre el que han pasado tantas razas de hombres, de civilizaciones, de esplendurosos poderíos... Y, de trecho en trecho,

distanciados, en medio de esta especie de eriales del abandono, se yergue una blanca torrecilla rodeada de negros cipreses.

Un barranco más profundo, al cual hemos de descender, se abre ante nosotros. Ofrece un aspecto tan agreste y salvaje, como si nos hallásemos a cien leguas de una ciudad. En su fondo, entre plátanos, existe una antigua fuente en la que yo, antaño, hallaba casi todas las mañanas, a la misma joven turca que me parecía bellísima bajo sus velos. Era antes de salir el sol cuando yo pasaba por allí, al amanecer, en invierno; y, a tales horas, iba ella, sola, a llenar en esta fuente su cántaro de cobre. Nos cruzábamos en el camino hondo, velado por las brumas matinales: cambiábamos una mirada de conocimiento, después de lo cual, sus ojos, lo único visible de su velado rostro, se entornaban con una semi-sonrisa. No había vuelto a acordarme de ella durante diez años, y ahora, volvía a verla como en un claro espejo; y renacían en mí todas mis tristes impresiones de aquellos amaneceres, de aquellas caminatas por sendas aún desiertas, la cara flagelada por el aire seco y glacial, o por la neblina gris. Y como mi espíritu estaba inquieto en aquellos tiempos, cada mañana me preguntaba yo, si entre tantos pe-

ligros como nos rodeaban, podría al anocheecer próximo, reunirme aún a aquella que acababa de dejar, o si, por lo contrario, no surgiría Azrael, para destruirlo todo...

En Pri-Pachá, donde llegamos al fin, después de interrogar a los transeuntes de las calles, hallamos la casucha de la vieja armenia de quien dependía todo el resultado de mi peregrinación.

Lleno de ansiedad, llamo a la puerta. Dos veces; tres veces... El viejo aldabón resuena fuerte, hasta hacer temblar las maderas carcomidas. Nadie viene a abrir. Las ventanas están cerradas. Mas un judío caduco, centenario por lo menos, sale alarmado, de una casa vecina, semienvuelto en un caftán verde:

—¿La vieja Anaktar Chiraz?—nos responde con un airecillo de sospecha.—¿Qué la quieren ustedes?...

Se tranquiliza ante nuestro aspecto.—«Si, efectivamente, aquí es; no está ahora... Se marchó ayer para establecerse junto a una de sus parientes, que está muy enferma,... precisamente allá, en Kassin-Pachá, de donde nosotros veníamos, juntamente al lado de su antigua morada...»

¡Oh! Se apodera de mí una ráfaga de locura. ¿Qué hacer?... Pasa el tiempo y debe

ser ya tarde. No sé la hora, pues en mí precipitación, olvide el reloj en el hotel; perc me parece que ya descende el sol. Si la noche llega, ya no hay nada que hacer en Estambul—y no dispongo más que de otro día, desqués del que está terminado.—De veras parece que yo he tenido, en sueños, el presentimiento exacto de lo que sería este viaje. Todo se realiza en él como en mis pesadillas; estas trabas acumuladas; esta inquietud de las horas demasiado cortas; esta congoja *de no tener tiempo para llegar hasta el fin.*

¿Qué resolución adoptar? Ya no lo sé: y mi cabeza vacila un poco. Vámonos ¿Vol vamos sobre nuestros pasos, hasta ese Kasim-Pachá de donde venimos, con estos malditos caballos de alquiler que no quie en andar?... No. Eyoub, donde vivo, y que me atrae como una amante, está ahí, cerca de nosotros, precisamente enfrente, en la otra orilla del Cuerno de Oro—que, en estos parajes, se estrecha, y podrá atravesarse pronto.—Por otra parte, me siento realmente convertido en un habitante de este santo arrabal. Los diez años que me separan del tiempo en que yo vivía en él, acaban de desvanecerse tan por completo, que hasta me forjo la ilusión de volver

allá, a mi casa, entre rostros familiares, y que, sin esfuerzo, me imaginaria encontrar allí una casa tal como la dejé; con los queridos habitantes de otros tiempos. Por lo menos iré a sentarme en el antiguo cafetín en que Achmet y yo pasábamos las veladas de invierno, en compañía de derviches, recitadores de fantásticas historias de encantamiento... No es posible que no quede en aquel barrio alguien que me reconozca: que le inspire simpatía y que acceda a guiar-me en mis búsquedas—que, ciertamente—no han de causar estorsión a nadie.—Devolvemos, pues, nuestros caballos; descendemos hacia el embarcadero para tomar un esquife, escogiendo un remero joven, a fin de ir de prisa, y bien pronto nos hallamos deslizándonos ligerísimos, a todo remo, sobre las tranquilas aguas.

Comienzo a contemplar, allá, enfrente, escudriñándola desde lejos, la orilla opuesta, en la que vamos a desembarcar.

¿Cómo es que no la reconozco? Y, sin embargo, es allí, estoy segurísimo.

¡Oh, Dios mío! ¡Todo ¡ay! ha cambiado! Mi casa vieja ya, y las dos o tres que la rodeaban, ya no existen. No había previsto yo esta destrucción y siento que mi corazón se oprime. El marco que había encau-

drado mi vida turca, ha sido destruido para siempre—y esto hace que todo retroceda a unas lejanías borrosas.

Echo pie a tierra, tratando de orientarme, de reconocer alguna cosa, al menos. ¿Dónde está el cafetín de los derviches narradores de historias? En el lugar que él ocupaba, se alza ahora un gran muro blanco que yo no conocía; un cuartel flamante con soldados de centinela. Y todas las casas del contorno están cerradas, silenciosas, y—sobre todo—inabordables. ¡Ea! Yo soy aquí, ahora, un extraño. He estado loco, al venir acá, malgastando mis minutos contados, cuando debí volver, desandando lo andado, y seguir la única pista, un tanto segura, para buscar, a toda costa, a la dichosa vieja.

Sin embargo, parte de mi peregrinación consistía también en volver a ver a Eyoub. . . ¡y lo he realizado tan pronto! ¡Oh!... ¡Y la sagrada mezquita, y la avenida de los sepulcros santos!... Estoy, ahora, a dos pasos de estas cosas misteriosas y raras, antes tan familiares, en mi vecindad... Quizás no vueljamás por aquí... ¿Tendré valor para abandonar Eyoub sin ir a verlas nuevamente? Por lo demás, apresurándome, todo se reduce a la pérdida de cinco, de diez minutos

a lo sumo,—y digo a mi remero: «Vete, atraca un poco más lejos, en el muelle de mármol de allá abajo, a la entrada del Camposanto.»

Dejando al viejo griego en el esquite, con el barquero, vuelvo a saltar a tierra, solo, sobrecogido por el glacial silencio de este lugar, por su fúnebre sonoridad, jamás por mí olvidada, que transforma el eco de mis pasos. En la calzada de eterna paz, sobre las losas de mármol, verdeantes a la sombra, humillada la cabeza, me es preciso pasar hoy, con esta precipitación febril, que comunica a todas las cosas muertas a ver así, un cierto aspecto de inexistencia. Corro, corro, por esta avenida entre dos filas de monumentos funerarios y de tumbas, en medio de toda la silenciosa blancura de los mármoles. A izquierda y derecha, bordeando la estrecha senda, se alzan antiguas paredes blancas, perforadas por una especie de ojivas por las que las miradas se sumergen en las entrañas sombrías de un bosquecillo repleto de sepulturas. Nada ha cambiado, naturalmente, de todo esto, que es sagrado e inmutable. Este paraje único, tan estrechamente unido a mis recuerdos de amor, estaba igualmente, muchos años antes de nuestra existencia y así continuará, largo tiempo

aún, después que nosotros hayamos desaparecido.

Al final de la avenida, en una sombra más espesa, bajo una oscura bóveda de plátanos, me detengo delante de la puertecita de la impenetrable mezquita santa. Allí están siempre las mismas viejas mendigas, con el rostro velado, encogidas, acurrucadas, inmóviles, sobre unas piedras. Una de ellas, despertada de su sueño por el ruido de mis pisadas, se asusta al ver que me acerco; acaso teme que yo cometa la imprudencia de franquear aquellos umbrales; y «¡Jasak!... ¡Jasak!» (¡Prohibido! ¡Prohibido!)—me dice, con irritado acento extendiendo una mano de muerta, como para cerrarme el paso. Y yo, le respondo, tranquilamente, en esta lengua turca que hablo ya con la misma facilidad de antes:—«Ya lo sé, ancianita: que está prohibido; vengo sólo a echar una ojeada a la entrada; y después, me iré.» Al terminar le entrego una limosna. Entonces, con apacible voz, ella misma tranquiliza a las otras, que comenzaban a soliviantarse también:—«Ya lo sabe; ya lo sabe:—les dice.—Es de por acá. Viene a mirar esto, sólo. Y, en efecto; lo veo todo, presuroso, distraídamente. ¡Tantas veces, antaño, había venido aquí, cuando vivía en

Eyoub, hasta estos umbrales de los que conozco hasta de las piedras más pequeñas, entre la semiobscuridad que se desprende de los grandes árboles!... Desde el lugar sombrío en que me hallo, en medio de estas pobres, veladas, con inmovilidad de fantasmas, se me figura que un resplandor un tanto maravilloso reluce allá: en el patio de la mezquita, entre la secular blancura de la cal y de los azulejos...

De repente, después de esta rápida ojeada, parto, presuroso, por la sagrada avenida, presa nuevamente del vértigo del tiempo, que huye; de la luz, que me parece menos dorada; del favor del sol poniente de la tarde.

Es a Kassim-Pacha, naturalmente, en busca de esta vieja, a donde yo debo ir, cueste lo que cueste. Ahora iré por mar, será más rápido, desde aquí.

Cuando de nuevo me hallo tendido sobre mi esquiife, digo al remero:—«Vete aprisa aprisa, y tendrás una propina espléndida!...» El pícaro me responde con una sonrisa que muestra sus blancos dientes, y se pone a remar con toda la fuerza de sus brazos. La marea nos ayuda y descendemos rápidamente por el Cuerno de Oro, alejándonos del sombrío Eyoub.

Pero vamos a pasar por delante del arrabal de Hadjikení... ¡Si me detuviese en él!... El barrio no es tan pavoroso como el que dejo; y, quién sabe; puede que alguien me reconozca; alguno de los judíos que yo empleaba en mi servicio; el gran Salamón, mismo, o el viejo Kairoullah, cualquiera, con tal que me informen. Al pasar, intentaré esta prueba... Después de todo, esto me permitiría volver a ver mi casa, la primera de mis casas turcas, pues también he habitado yo aquí, antes de poder realizar el sueño, casi imposible, de vivir en Eyoub.

En el libro de juventud en que yo he relatado mi vida oriental he pasado por alto nuestra estancia en Hadjikení, por abreviar, y también por obedecer a cierto sentimiento de decoro que ahora me divierte: este Hadjikení es un arrabal pobre, bastante malmirado en Constantinopla.

Allí había ido yo a instalarme por pronto, al dejar mi alojamiento europeo de Pera; allí había recibido a Aziyadé por primera vez, a su regreso de Salónica. Permanecimos allí cerca de dos meses, ocultos, antes de atrevernos a buscar una casa en la otra orilla, en el arrabal de los santos sepulcros, y, después, habíamos conservado, por lo que pudiese ocurrir, este primer refugio,

más seguro, donde, por coquetería, volvíamos de cuando en cuando.

A lo último, como todo se transforma en la memoria, todo se olvida: he aquí que ya no conozco la *Escala* de nuestra calle; es decir el pontón de viejas tablas que nos era tan familiar antiguamente, y en el que desembarcábamos con seguridad absoluta, hija de la costumbre, en el misterio protector de las noches más foscas.

Por impaciencia, echo pie a tierra, a la entrada de una callejuela israelita que recuerdo vagamente, muy vagamente. Y seguido siempre del viejo griego, comienzo de nuevo a caminar rápido, a correr, espoleado sin tregua por la inquietud del tiempo.

Trás un recodo, damos en una calle en la que hay establecido un mercado judío. Gritos de compradores y vendedores; una turba afanosa; un cúmulo de canastos de frutas y de legumbres, hornillos en que se asan carnes a la intemperie; banquillos de cambistas y de usureros. Allí me oriento enseñada; ya lo creo; y el corazón me late con más fuerza, pues mi casa debe de estar muy próxima.

Por otra parte, yo conservaba de este mercado un recuerdo particular, único, entre todos. Morador de Hadjikení o morador de

Eyoub, yo venía aquí todas las tardes con Achmet para cambiar, para tomar dinero prestado de estos judíos, o bien para comprarles el pan y los pasteles destinados a la misteriosa comida de Aziyadé. Y es que Constantinopla, es la única ciudad del mundo en la que he estado verdaderamente mezclado en la vida del pueblo—en la vida de este pueblo oriental ruidoso, pintoresco, pleno de color; pero necesitado, atento a mil pequeños oficios, a mil menudos cambalaches...

Mi compañero cotidiano Achmet, era, por sí, un hijo de este pueblo, impuesto en los más pequeños medios de esta vida laboriosa, acostumbrado a negociar con casi nada; y aprendiendo sus mañas me volvía yo hombre del pueblo, como él, a ciertas horas. Verdad es que yo también era pobre en aquellos tiempos, y hasta estaba apurado, alguna vez, para sostener mi papel de Hassán.

Este mercado que cruzo hoy con un paso desembarazado y rápido, sintiendo pesar el cinturón de cuero en el que he hecho coser—un tanto a uso marinero—mi reserva de monedas de oro, ¡oh, esta caminata, cuánto me recuerda de miserias alegremente conllevadas a causa de ella; de regateos

tímidos, de peticiones de préstamos, por cantidades que ahora me hacen sonreír! Y bajo las vestiduras turcas, estas cosas me parecían aceptables, casi me divertían y me daban, por otra parte, la impresión de haberme salido de mí mismo y convertido en cualquiera de los mentecatos que me rodeaban. ¡Había aún tanta puerilidad en mi vida, en aquel tiempo!

Tras esta calle del mercado, una plaza tranquila, a la orilla del mar; una plaza silenciosa bordeada por emparrados de vidés y decorada en su centro con una antigua fuente de mármol. ¡Y mi casa allí, que se me presenta de pronto, real y verdadera, besada por el hermoso sol de la tarde! Al fin encuentro algo de entonces, una cosa que ha formado parte de mi querido pasado, y que existe aún...

Invadido por un vago temor de aproximarme a aquel lugar, con una extraña turbación de espíritu, voy lentamente a sentarme en frente, en plena calle, delante de un cafetín con sus parras que el otoño hace amarillear, y lo contemplo atentamente. (¡Qué mal suena este nombre de *café* para indicar estos tinglados orientales en los que se fuma la típica pipa!) Contemplo la casita de antaño, cual si mirase una cosa de

ensueño, que osase presentarse a mis miradas en pleno día. Me parece empequeñecida, de aspecto mísero... Y, no obstante, es la misma y con sólo sus jaspeados de vez en las paredes, evoca en mi mente recuerdos mil.

No; no ha cambiado, tampoco, esta plaza; ni una piedra ha sido alterada desde que yo habitaba aquí. ¿Será posible, Señor, que todo haya permanecido tan invariable; que el sol lo ilumine tan alegremente; que yo, yo mismo, vuelva a hallarme aquí, joven aún, y que durante tantos años, no sepa nada de *ella*, ni siquiera si vive, o si reposa ya en el regazo de la tierra.

Este es el primer instante de reposo y de ensueño, desde que comencé mi errante y larga caminata. Este sol de octubre, que, poco ha me parecía alegre derramándose sobre esta plaza solitaria, rápidamente me entristece, me pone triste, más triste que la bruma o que la noche. Ni me encanta ni me engaña; sólo tengo, ahora, conciencia de su impasibilidad ante los anonadamientos constantes, ante la continua destrucción. Siento la muerte, la melancolía de la muerte, en sus dulces luces... Impregnadas de muerte estás sus rayos...

Un zagal se presenta para servirnos. Pregúntole:

—¿Es viejo el amo?... ¿Tiene este café mucho tiempo ha?

—¿El amo? ¡Anda! — respondió sorprendido.— ¡Puede que haya cincuenta años ya, que está aquí! Es un abuelete...

—Entonces, dile que venga, que hemos de hablar.

Recuerdo, instantáneamente, el rostro del viejecillo, en cuanto se presenta.

—¿Te acuerdas de mí?... Yo vivía, bastantes años ha, ahí, en la casa de enfrente...

—¡Ah, sí!—contestó un poco sorprendido.— Y, después, te fuiste a vivir a Eyoub... Así pues... no; de esto que yo digo, hace lo menos veinte años... (en Turquía se lleva muy mal la cuenta del tiempo)... Tendrías que ser mucho más viejo de lo que eres...

—Y de mi criado Achmet, ¿te acuerdas?

—Sí; de mi criado Achmet, se acuerda perfectamente; mas no puede darme ninguna noticia de él... Desde que me marché de Hadji-Keui, no ha vuelto a verlo.

Entonces le envío a buscar a todos los viejos del barrio; a todos aquéllos que, más o menos, puedan acordarse de mí.

Y bien pronto se forma un grupo de vecinos, de curiosos, de gentuza que me miran como a un aparecido del otro mundo, admirados, también, de encontrarme tan joven. Parece que en la memoria de todos ellos, mi presencia aquí, los ha transportado, poco a poco, a tiempos inciertos y ya pasados.

Me doy perfecta cuenta de que ellos no se han olvidado aún de aquel francés que tenía la manía de venir a aislarse aquí; pero ¡ay! en cuanto a Achmet, nadie pudo decirme nada. En vista de ello, se me propone ir a ver a un viejo judío que me conocía muy bien, y que, acaso podría indicarme algo, érase un tal Salomón...

¡Salomón! ¡pues ya lo creo, que quiero ver a Salomón! A quien me acompañe allá, bien de prisa, le daré una buena recompensa. De este Salomón me servía yo con frecuencia.

Iba ha realizar compras con Achmet, y no ignoraba las clandestinas idas y venidas, a mi casa, de una musulmana. Al marcharme yo, verdad es que lo había despedido por no sé qué pillería; pero, ¿qué importa, con tal que me ayude?... Hasta casi una alegría tendré al volver a verlo, co-

mo todo aquello que ha estado mezclado en mi vida pasada...

Llega. Sin duda no me cree aquí, tampoco; queda sorprendido al reconocirme, y besa la mano que yo le alargó. Yo lo había dejado hecho todo un hombretón, recio, fornido, y me lo encuentro encanecido y encorvado.

—Achmet,—dice — no; no he vuelto a verlo, ni aún a oír hablar de él desde que te marchaste... Debe haber dejado el país... O quizás se haya muerto.

Después me promete invertir la tarde en realizar investigaciones, y subir mañana a Pera, a darme cuenta de ellas.

Bien. Así, pues, yo no averiguaré nada más aquí. Otra demora perdida... Y el tiempo apremia. Es menester marcharse.

Sin embargo, desearía volver a entrar en mi casa, ya que tan cerca estoy de ella. Sobre todo, quisiera subir al primer piso, al cuartito que yo había preparado con tanto esmero, para recibirla.

Envío a Salomón a tratar de ello con quienes ahora lo habitan; unos armenios pobres, que por unas monedas acceden a franquearme sus puertas.

Entro, subo la escalera, vuelvo a ver nuestra querida habitación pequeñita, tan ale-

gre antes, con su extraño arreglo... Ahora, nada ya. Muebles sórdidos, desorden, pingajos que cuelgan... Mejor fuera que no hubiese visto esta profanación lamentable. La rápida ojeada lanzada por mí, fué suficiente para hacerme retroceder, retroceder aún hasta el fondo del abismo; el pasado aquel, del cual husmeo y persigo el rastro.

Pero al bajar estos escalones que las buechitas de Aziyadé han hollado, una emoción punzante me invade; emoción que yo no había previsto.

Un lejano día de mi infancia, un pálido rayo de sol de invierno filtrado por una ventana de la escalera, me impresionó de un modo inexplicable, profundo.—Ya he referido yo esto, no sé dónde.—Y, aquí, muchos años después, experimento el mismo estremecimiento, al volver a ver, en esta casa de Hadji-Keui un rayo semejante y de igual significación misteriosa, que todas las tardes se deslizaba a lo largo de una escalera, para iluminar un ánfora de Atenas colocada en un nicho del muro... A menudo, estos pormenores ínfimos, se graban para siempre en la memoria, y parece como si ellos, en sí mismos, resumiesen todo un paraje, toda una época dolorosa o deseada. Así había ocurrido con este rayo de sol—

mezclado ya por mí a no sé qué *pasado* desconocido.—Yo había pensado en ello cien veces, desde mi alejamiento del país turco; y una angustia especial, una congoja extraordinaria y de inquietante origen, traía a mi mente la idea de que no volvería yo a ver, nunca, este rastro de luz pálida, cayendo sobre este nicho, sobre esta ánfora... Jamás, jamás, por siempre jamás.

Pues bien; el nicho vacío, permanece en el muro; y mientras voy bajando, continúa el sol iluminándolo con su rayo melancólico.

Una vez más, con todo esto, me pierdo en lo inexplicable.

Volvemos a bordo de nuestro esquife, el griego y yo, después de esta parada que ha durado veinte minutos, justos, y continuamos nuestro rumbo hacia Kassim - Pachá, con todo el impulso de nuestros remos.

En el Cuerno de Oro reina el acostumbrado va y ven, el cruzamiento incesante de los esquifes silenciosos... ¡Cuán bella y tibia y luminosa es esta tarde! Me causa una agradable sensación de estío, a mí, que vengo de los bosques de pinos de los Cárpatos, sobre los que cae ya la nieve... Y me entrego de nuevo a los engaños del sol. Me dejo,

ren una pipa. La tarde es cada momento más templada, simulando una de las reposadas tardes estivales. El sol, que desciende, dora la antigua mezquita de enfrente y la parra, deshojada, bajo la cual me siento. Nadie circula por la plaza. Apenas llega hasta mí un confuso rumor del Cuerno de Oro y de las embarcaciones... Hondo silencio se extiende por todo el contorno... Pasan minutos y minutos de espera. Nada indica la proximidad de la inmensa ciudad vecina... Experimento en estos instantes, la sensación del estío, de una agonizante tarde de verano, en cualquier aldehuela oriental... Y una calma profunda se derrama sobre mí.

Al fin vuelve el griego, seguido de una vieja vestida de negro, curtida, de duras facciones, que recuerdo al punto. Sólo una vez en mi vida, la había visto; pero estoy cierto de que es ella. Su aspecto es azorado, hurafío... ¡Con tal de que se acuerde!...

Evidentemente, siente temor de las personas desconocidas, y ante el interrogatorio a que deseo someterla en un lugar tan apartado. Tras una ceremoniosa reverencia se sienta delante de mí, al borde de un taburete, y me examina. Yo estoy sentado a

contraluz y ella me ve entre sombras, sobre un fondo soleado.

¡Oh, sí! ¡Vaya si es ella!... Acabo de sorprender la sonrisa, bondadosa, cándida, que ha iluminado momentáneamente su rostro apergaminado, y endurecido. Un mechón de sus cabellos, que se conservan aún negros como el ébano, se divisan por entre la tela de seda, negra igualmente, con que envuelve su cabeza como con una banda. Sus vestidos usados, pero limpios, están cortados a la europea; pero pasados de moda, con unos *bieses* de terciopelo negro. En mi país, en las aldeas del sur o de Auvernia, la viejas se visten así y ofrecen este mismo aspecto.

Sentada, rígida, en el banquillo, espera.

Comienzo a preguntarla dulcemente, tímidamente, en turco, teniendo sus respuestas.

—¿Achmet?... ¿Achmet?...—con la mirada hurafía aún.—

No. No se acuerda... ¡Ha tanta tiempo ya, de la historia que yo le cuento!... ¡Y ha tenido tanto en que pensar, y ha visto morir tantos jóvenes y tantos viejos!... Además: ¡hay tanto *Achmet* en Constantinopla!...—
Después,—añade para excusarse—uno tras otro, he perdido a mi marido; a mis hijos...

y desde entonces mi cabeza está alelada, mi memoria es cosa perdida...»

¿Cómo disipar la noche que se ha extendido sobre esta inteligencia?

¿Cómo me las arreglo?... Ella, tiene temor, aún; más que nada, es temor de ser interrogada para cualquier asunto judicial; miedo, no sé de qué...

—No temas nada de nosotros, buena mujer, —le digo.—Yo busco este Achmet, porque lo quiero de veras; no por otra cosa. Procura acordarte de algo... Desearía volver a verlo... Ayúdame. Ya ves que te lo suplico... Vamos: busca, busca... Achmet, Mihran Achmet... Yo me acuerdo muy bien de ti y te he reconocido en seguida. Estoy seguro de haber venido aquí, con él, a hablar contigo, diez años ha, cuando tu habitabas en este barrio... Y hasta le he escrito, a tu casa, los tres primeros años después de mi marcha... Tu lo has cuidado... ¿no te acuerdas, tampoco, de cuando estaba enfermo y herido?...

Una ráfaga parece surcar su mente. Se inclina para mirarme más de cerca; sus ojos se abren, se dilatan, penetran hasta el fondo de los míos...—¿Cómo te llamas tú?—exclama con brusquedad.

—¡Lotí!

—¡Lotí!... ¡Ah, Lotí!... ¡Oh, Achmet! ¡Mihram-Acmet! ¡Y tanto, como me acuerdo de Mihram-Achmet!

Tras un silencio de algunos segundos, durante el cuál se entenebreció su rostro súbitamente, agregó con dureza:

—¡Eulu! ¡Eulú! *Yedi seneh dan, tekoh dona ouldi* (¡Muerto! ¡Muerto!... ¡Siete años ha ya!...) El principio de esta contestación, el tono cruel, la repetición irritada de esta primera palabra de ecos siniestros, algo, absolutamente semejante a esto, me lo había imaginado yo, tiempo atrás, con referencia a Aziyadé... ¡Eulú! ¡Eulú!... Temía yo que para anunciarme su muerte, se me perseguiría, encarnizadamente, con esta palabra.

Escuché, casi impasible, la frase fúnebre, olvidándome de Achmet, para pensar solamente, que el hilo conductor era cada vez más difícil de recuperar; que no me quedaba otra esperanza que su hermana Eriknaz, y que era preciso, a cualquier precio, encontrarla esta misma tarde.

La vieja, en tanto, continuaba:—Su última noche, te estuvo llamando incesantemente: ¡Lotí! ¡Lotí! ¡Lotí!... ¡pues fuiste tú, tú, la causa de su muerte!

Aún esto había previsto yo. Yo se perfec-

tamente que no; que él, ha debido morir de su agonía, de aparecer sospechoso de algún maleficio mortal. Lo que me sorprende únicamente es sentirme apenas conmovido, cual si en este momento tuviese el corazón cerrado; o lleno de otra cosa que no fuese él.

—Sabes dónde está su sepultura?—dije, sencillamente.—Así tú me llevarás a ella, mañana. Pero ahora es a Eriknaz, su hermana, a quien yo necesito; dime dónde vive, costa de Asia, por la parte de Ismir...

—¿Eriknaz? ¿De quién, sino de ella, te estoy hablando? Seis meses después de su hermano, también ella fué encerrada en un ataúd. En cuanto a su hija Alemshah, se casó, y se fué a vivir lejos de aquí, allá a la costa de Asia, por la parte de Ismir...

Y Anaktar-Chiraz hizo un ademán, cual si sacudiese el polvo, para afirmar mejor que todo se ha acabado en este mundo. Mesa limpia. No queda ya nada de todo ello.

El hilo conductor con que ya había contado, se ha roto. Se ha roto y se ha desvanecido bajo tierra, años ha, con Eriknaz. En cuanto a Aziyadé, es inútil preguntada por ella a esta vieja que me habla. Ni siguiera conoció su existencia... «Es una buena y santa mujer, decía Achmet; pero no es preciso con-

fiarle nuestros secretos. No sabría guardarlos.» Y todo mi plan se derrumba; y el día se acaba; y yo no sé ya qué hacer...

Ahora es Anaktar-Chiraz la que me abruma a preguntas, muy dulcificada ya, pues comprende que sufro. ¿Cómo es que he desaparecido, durante diez años, sin contestar, siquiera, las cartas de Achmet, agonizante?... ¿Qué es lo que me trae hoy aquí?—¿Qué es lo que yo pretendo saber de Eriknaz.

No contesto ya, aplastado, pensativo. Más, de pronto, me acuerdo de otra hermana de Achmet, ¿Cómo, pues, ha surgido ella en mi memoria? Verdad es que una especie de invisibilidad rodeaba a esta criatura, bastante extravagante. Sólo una vez, y en la obscuridad, la había entrevisto apenas. Ellos mismos, Eriknaz y Achmet no la veían casi nunca, y bajaban la voz al hablar de ella. Era una hermana vieja ya; una anciana que les inspiraba miedo y veneración, llamándola muy bajito «nuestra madre». Pero ella conocía la existencia de Aziyadé y su dominio, y conocía también a Kadidja, la negra. Ciertamente que no comprendo como no he pensado en esto antes de ahora.

Y, temblando, pregunto:

—¿Te acuerdas de que Achmet tenía

una hermana vieja, que vivía sola, allá hacia Aguas-Dulces?...

Afortunadamente, se acordaba; y hasta creía que esta hermana anciana, vivía aún, allá, en su misma casa. Más se trata de una mujer singular que ha padecido grandes desventuras y que vive en el mayor aislamiento. Siete años ha, desde el entierro, no ha vuelto a verla.

—¡Oh! ¡Aprisa!—digo.—Vas a llevarme allá. ¡Te lo suplico!

Objeta que es muy tarde: que el sol se pone; que su enferma la espera... ¿Por qué no mañana, tempranito? ¡Está tan lejos!... Y, después de todo, ¿sabemos si quiera si nos recibirá? No es seguro...

Se lo ruego, se lo suplico—pues no me atrevo a ofrecerte dinero, aunque parece pobre.—La suplico y veo que sus ojos, poco a poco, se enternecen. Pues bien, sí. Me acompañará esta tarde. Transcurre el tiempo necesario para advertir a la enferma a quien ella cuida; vuelve, y partimos juntos.

Silencio al griego, que ha adoptado un aspecto demasiado curioso, demasiado husmeador, y quedo solo, siguiendo con la vista la negra ropa de la anciana, que se aleja.

Unos minutos de espera y de silencio, esperando su vuelta. Encima de mi, la parra

deshojada adquiere más y más, las tintas de oro rojizo, y un matiz de oro se extiende también, sobre la mezquita de enfrente, sobre las ramas de los grandes cipreses, sobre todos los objetos. La tranquila tarde desciende sobre este pequeño barrio perdido, en el que la muerte de Achmet acaba de serme confirmada. Cuanto más lo pienso, más me persuado de que también Aziyadé está, como él, reposando en la tierra turca. Y en vez del desgarramiento horrible que hubiera sentido antes, sólo experimento una dulce melancolía, con algo, quizás, de apaciguamiento, al creerlos así, y un deseo de reunirme a ellos cuanto antes, en la paz que ellos disfrutaban. A estas impasibilidades del Islam que siento en torno mío, se une para arrullarme, el encanto tranquilo de esta tarde que muere. Y en este punto, mi sufrimiento se adormece en una resignación absoluta ante la muerte universal.

¡Oh! ¡Con qué indecible alegría, con qué emoción profunda y sin nombre, estrecharía entre mis brazos, a estos dos pobres pequeños que tanto me han amado; a quienes casi confundo ahora en una misma ternura, y que, no teniendo ya nada de terrestre, me son restituidos por un instante!

Vuelve la buena viejecita, dispuesta a conducirme a la casa de la hermana de Achmet, y de nuevo nos dirigimos hacia el mar, para tomar mi esquife y mi barquero, que nos conducirán al centro del Cuerno de Oro; a Pri-Pachá, cerca de Aguas Dulces.

Es necesario atravesar, bajando, los mismos barrios musulmanes de antes; que ahora están teñidos de rosa por los postreros rayos del sol: animados por la vida oriental de la tarde, y poblados de vestimentas de colores chillones.

En la Escala de Kassim-Pachá nuestro barquero nos espera confiado, tumbado sobre el esquife. Y, al declinar el día, comenzamos de nuevo a resbalar por las aguas del Cuerno de Oro, en sentido inverso al de nuestra primera excursión. En la orilla del Sur, la luz se extingue poco a poco, detrás de Estambul—encanto final del día.

El sol se pone cuando desembarcamos por la parte de allá de Pri-Pachá, en el apartado suburbio cercano a los grandes cementerios. Henos aquí, la vieja armenia y yo, caminando juntos, de prisa, bajo el crepúsculo, por un barrio que yo no conozco, por un pequeño barrio sombrío, armenio, de calles estrechas y tortuosas, de casas de

madera pintadas de obscuro o de rojo, enrejadas como mazmorras.

Anaktar-Chiraz se detiene ante una de estas moradas de misterioso aspecto y llama con el aldabón de hierro. Los golpes resuenan siniestramente en todas las tablas del viejo vecindario muerto.

Poco después la puerta se entreabre desconfiadamente, y en la hendedura sombría aparece un rostro espectral—que me hace estremecer—un rostro de cincuenta años, triste, marchito, enjuto; pero parecido al del pobrecito Achmet, con una de esas semejanzas que sorprenden hasta el espanto. Su hermana, evidentemente; pero tan parecida a él, con sus mismos rasgos, su misma expresión; sus mismos ojos, tal, como si volviese a verlo a él mismo, treinta años más viejo lanzándome una mirada de reproche, a través del tiempo y de la muerte.

También ella se asombra, vacila, dispuesta a cerrar su puerta, entreabierta apenas.

—¡Loti!—se apresura a decirle la vieja Anaktar, pronunciando este nombre apagadamente, como pudiera anunciarse la presencia de un fantasma.—¡Míralo: es Loti!... ¡Loti, que ha vuelto!

—¿Loti?... ¿Loti?...—repite la otra con temblores de voz.—¡Ah, Loti!—añade,

tras un silencio, con acento dolorido y amargo que me llega al corazón, mejor que pudiera hacerlo el más punzante de los reproches...

Háblanse, entre ellas, en turco, tática y apresuradamente diciéndose algo cuyo sentido se me escapa. Después me ruegan que suba y las sigo por una menguada escalerita negra.

En el primer piso, en una habitación amueblada a estilo oriental; mas de aspecto sombrío y pobre, me invitan a sentarme en un diván mísero. Luego, la hermana de Achmet, se dispone a prepararme café—deber de hospitalidad— y en tanto que va y viene en torno a su hornillito, enjugando para mí sus tazas ordinarias de gente pobre, observo que gruesas lágrimas resbaian por sus mejillas.

¡Oh, Dios mío! ¡Cuán triste resulta esto, aquí, a la luz del crepúsculo, en esta pieza desnuda en la que esta mujer llora; cómo mi corazón se oprime; y cómo las palabras que yo quisiera pronunciar, se detienen y se apagan!

Entrambas a dos comprenden, las viejecitas, que yo he venido aquí para comunicarles o para interrogarlas sobre algo grave. Mas, ¿qué será ello? Yo no hablo...

Ellas esperan... Y el silencio se hace cada momento más pesado, en la noche, que avanza.

Temblando, me decido a decir:

—¿Te acuerdas tú bien de la *Señora Azi-yadé*, la damisela turca, a quien también tu hermano, quería tanto?... ¿No recuerdas? ...

Entonces, ella, deposita sus tazas y su mantelillo, como para quedar más libre, y comprendiendo que comienza el grave interrogatorio... Y mientras asiente, con la cabeza, sus manos se cruzan de un modo tal, que parecen decirme:

—¡Qué si me acuerdo!... ¿Cómo podría yo haber olvidado todo aquello?

Otro silencio aún, durante el cual siento en mis sienes repetidos golpecitos que las martillean—el ruido presuroso de las arterias que laten.—Y, por fin, con brusco acento un tanto ahogado, formulo la pregunta suprema:

—No ha muerto... ¿verdad?...

Premiosa al contestar, me mira, y sus tristes ojos hundidos, se revisten de un tinte de sorpresa, casi injuriosa... Y tras al-

gunos segundos de espera, poco a poco, voy comprendiendo que *sí*; que es que *sí*...

Me he convencido de ello, absolutamente, antes de que la vieja, con un tono de amarga reconvencción se decidiera a decir:

—¡Verdaderamente! ... Pero, ¿es que tú no lo sabías?

A media voz, miento:

—Sí, lo sé; lo sé...

Y después, con apagada voz, balbuciente como un niño, agrego:

—No es esto, no; no es esto lo que yo quería preguntarte... Yo deseaba suplicarte que me dijeres dónde la han enterrado...

Reina de nuevo el silencio, más profundo que antes. He mentido, por vergüenza de declarar mi ignorancia; de haber podido vivir en ella tantos años. Mas comprendo claramente que la anciana no me ha creído; y sus miradas continúan clavándose en mí con curiosidad, mezclada de repulsión y de vituperio. Existe, por otra parte, esta actitud mía, inexplicable para ella. Nuestra sangre fría, nuestra serenidad ante el dolor, son incomprensibles para los orientales, que todo lo expresan con alaridos.

El silencio se hace glacial, cual si las capas de aire se congelasen entre nosotros. Y sobre la casa enrejada, en la misera y ex-

traña habitación, el crepúsculo va tendiendo sus sombras, y a través de las espesas celosías de madera que velan las ventanas, sólo penetra una vaga claridad incolora. Cae la noche rápidamente y por momentos, cual si, a nuestras espaldas, fuesen tendiéndose uno a uno y con rapidez, densos velos de crespón.

Era aquí en esta triste morada y a esta hora de desolación, donde debía yo recibir el golpe final.

No sé cuántos segundos, cuántos minutos permanezco sin hablar, sentado entre estas dos mujeres, una de las cuales, llora.

La hermana de Achmet, atenta a las leyes de la hospitalidad, me sirve una tacita de café, que bebo lentamente, siempre en medio de mi aparente tranquilidad. Dentro de mí, en las profundas regiones del pensamiento y del recuerdo, reina una turbación y una clase de indecisa fantasmagoría, como entre sueños. Experimento la impresión de asistir a derrumbamientos en el abismo. Cosas que estaban encima, caen una tras otra fundiéndose, destruyéndose. Llamados ruidos imaginarios, acompañan a estas caídas; después se extinguen, se callan, cuando todo ha caído y reina el si-

lencio, cuando ya no queda nada; silencio tan lúgubre por fuera, como por dentro.

La hermana de Achmet no sabe dónde ha sido enterrada Aziyadé. Ante la insistencia de mis preguntas, sólo responde esto, fríamente.—Pero—me dice—Kadidjá, la negra, que aún vive, es seguro que lo sabe. Si *tengo empeño*, ella misma irá mañana a preguntárselo, o a rogarle que me acompañe.

—¡Mañana!... ¡Oh, no, no! Esta misma noche... Ahora mismo...

Tras estos momentos de calma fúnebre, se apoderan de mí de nuevo la actividad y la inquietud del tiempo.

La anciana rehusa en el acto. ¡En casa de la negra, en el Viejo Estambul, conmigo y con la noche encima!... No,—dice—No es posible. No se atreverá a tanto.

Así como antes supliqué a la otra, ahora suplico a ésta. Y, a su vez, veo que se entenece. Pues bien, sí; irá. Pero sola. Prefiere ir sola. Irá a casa de Kadidjá a advertirle y a pedirle hora. Después, mañana por la mañana volverá a buscarla con un bote y me la acompañará a donde yo quiera.

He aquí nuestro plan para el día siguiente: A las ocho nos reuniremos en este lado

del Cuerno de Oro, en Kassim-Pacra, en la plazoleta de Hadji-Alí. Yo traeré un carruaje al que subirán la armenia y la negra, que me guiarán cada una de ellas, hacia uno de los sepulcros, mientras que la hermana de Achmet, eclipsada siempre, volverá a encerrarse en su solitario hogar. Queda convenido, prometido, jurado... y descendemos los tres.

Mientras la hermana de Achmet se prepara para salir, intento interrogarla, pero resulta que no sabe casi nada de esto. Ha vivido siempre en el mayor aislamiento; no ha conocido pormenores precisos de la muerte de Aziyadé.—«Mañana; mañana nos lo dirá todo Kadidjá». Por pertenecer a aquella época, hojea un cuaderno con anotaciones escritas en turco. Se aproxima a la celosía de una ventana por la que penetra aún un poco de claridad y dice:

—«Veamos: Esto fué al terminar la primavera que precedió a la muerte de Achmet; el año 1397 de la hégira. Debe, pues, haber de esto, siete años y algunos meses». La anciana, sabe que el cadáver fué transportado de noche, casi clandestinamente; pero el viejo Abedín, su amo—muerto también el año último—mandó construir, no obstante, un sepulcro de mármol. Y es-

to es todo.—«Mañana, Kadidjá, me diré lo demás; mañana».

Ya está lista. Sobre su humilde vestido ha echado un manto negro, y bajamos juntos, cerrando con cerrojos las puertas, a medida que pasamos.

Por la estrecha calleja, más sobría aún, nos dirigimos hacia el mar; donde debemos separarnos.

La hermana de Achmet alquila un esquife para dirigirse a Estambul. La vieja armenia salta al mío, que me espera; y se sienta a mi lado. La dejaré en Kassim-Paclá, al pasar, y continuaré mi camino, sólo, por el Cuerno de Oro, para regresar a Pera, ya que ahora, ha terminado mi lúgubre jornada. Después de reflexionar acerca de ello, me parece mejor que mi entrevista con Kadidjá haya sido demorada hasta mañana, y pueda ser preparada con anticipación, pues me da miedo esta mujer; miedo su odio y su desprecio... Vuelvo a llamar a la hermana de Achmet, que ya se alejaba deslizándose sobre las aguas grises, y, con una mano, detengo su lijero esquife, para hacerle mil recomendaciones.

—Explica bien a Kadidjá—le digo—que han sido mis viajes militares los que me han impedido volver; expediciones; gue-

rras lejanas; que no ha sido culpa mía... Vete... Si yo no hubiese amado a la *Señora Aziyadé*, ¿habría vuelto por acá, desde tan lejos, después de diez años?...

Me callo, porque noto que mi voz tiembla—que es preciso que me rehaga—porque estoy a punto de llorar.

—Se lo diré, Lotí; se lo diré—me responde, y me parece sorprender ahora en su rostro desconsolado, una expresión de tenue dulzura. Después, nuestras barcas se separan en el crepúsculo ya confuso.

¡Terminó mi lúgubre jornada! Se acabaron las agitaciones, las inquietudes, las ansiedades, los ruegos... Terminó el drama, cuyo desenlace ha permanecido, como en suspenso, durante diez años.

Nos deslizamos rápidamente sobre las aguas. A mi lado, rígida, silenciosa, va la armenia. Una tranquilidad de sepulcro comienza a enseñorearse de mí. Páreceme que esta tierra, que esta ciudad tanto tiempo soñadas, se han despojado repentinamente de su encanto indecible, así como de su inmenso misterio. Que Estambul está vacío, y vacío mi corazón, también, y vacía mi alma. Siento como un hundimiento de todas las cosas y un deseo ardiente de abandonar

esta Turquía lo más pronto posible para nunca más volver a ella.

Continuamos avanzando a todo remo, como quien tiene prisa por llegar a alguna parte.

—¿Por qué tan presurosos? No lo sé. Nada nos apremia ahora, nada nos acucia, ya que está todo terminado. Y, ¿a dónde vamos? No lo sé, tampoco. Temo que esta vieja que yace a mi lado me hable y rompa este silencio que tanto necesito. Temo que me pregunte por Aziyadé, sobre todo, acerca de lo que acaba de serle revelado, inesperado y sorprendente para ella. Vuelvo la cara para no tropezar con sus miradas y miro, sin verla, la maravillosa decoración crepuscular: Estambul, que, invertido, se refleja en las aguas tranquilas; los miles de barquichuelos que se entrecruzan, paseando sin ruido la atenuada fantasmagoría de las vestimentas y de los colores.

Todo esto, que durante diez años había desaparecido para mí y que surge de nuevo ante mis ojos como por ensalmo, no me dice ya nada, fuera del tiempo delicioso que hace; dulce aún, tibio, enervante como en estío.

En el desembarcadero de Kassim-Pachá

nos detenemos, al fin, para dejar a la vieja enlutada, cuya sola presencia, muda, se me hacía molesta.

—Adiós — dijo Anaktar-Chiraz. — Que Dios te acompañe; y mañana acude a la cita para tus tumbas.

Regreso solo, como aliviado de un fúnebre peso; pero siguiéndola con los ojos, mientras se aleja, echándola menos, sin embargo, ya que ella ha sido el lazo de unión con el caro pasado.

Mi barquero, con zalamero gesto de niño fatigado, me enseña sus brazos desnudos, que—según asegura—comienzan a dolerle, y me dice:

—¿Es necesario aún ir tan deprisa?

—¡Oh, no! Ya, ¿para qué?...

No se me ocurrió avisárselo. Ya no tiene objeto. Nadie me espera en parte alguna, en esta inmensa ciudad, en la que sólo soy conocido de los muertos. Nada me importa ya dónde haya de ir. No tengo nada que hacer, sino vagar libre y solo, rebuscando por uno y otro lado, rastros de recuerdos de otros tiempos. Así, pues, le respondo:

—Por lo contrario, ve despacito, a donde quieras; deja dormir la barca a merced del agua; retira los remos; descansa, cruza tus brazos, y canta, si quieres.

Bien pronto quedamos casi inmóviles, arrastrados solamente por una insensible marea. El barquero, ha cruzado sus brazos, y canta. Entona un aire tan extraño, tan dulce, tan sorprendentemente dulce... Escucho su canción que es aguda y quejumbrosa y miro en torno mío, con más interés ya, con más animación que antes. Verdaderamente, desde que la pobre vieja enlutada, que se alzaba ante mí como un remordimiento, se ha marchado, siento en mí no sé qué alivio demasiado repentino, que me sorprende y que me confunde.

Ahora miro ya, cada vez más con mi habitual avidez de ver... Todo ha cambiado de aspecto al caer la noche. En tierra han sido encendidos los faroles; y sobre los barcos y en los esquifes que se deslizan silenciosos en todas direcciones, Estambul no es más que un festón obscuro de cúpulas y de torres, perfilado sobre el cielo, claro aún. En medio del Cuerno de Oro, seguimos siempre a merced del agua y de entrambas orillas a la vez; llega hasta nosotros, un tanto ensordinado, el clamor oriental; el confuso conjunto de los ruidos de Constantinopla, que distinguiría entre todos los rumores de la tierra. Es lo mismo de antes; todo perdura semejante a antaño. Sin haber

vuelto a verlos, me represento todos los barrios de ambas costas, por los que yo he barzoneado noches y noches. ¡Yo sé todo lo que ocurre, todo lo que se comercia, todo lo que se oculta, todo lo que se canta en ellos! De tal modo, que no me he forjado, tan completa como en estos instantes, la ilusión de hallarme sumergido de nuevo en el confuso interior de sus entrañas,—y nada de cuanto yo pudiera decir en páginas enteras, en volúmenes, expresaría la melancolía sin nombre de esta impresión.

Por el contrario, ¡cuán diferente es todo en mí, y para mí desde la época, de mi juventud! Entonces, yo, era pobre y perfectamente desconocido. Mi existencia turca, irregular y peligrosa estaba constantemente amenazada; no tenía apoyo alguno. Una queja de la Embajada, una orden de un jefe, podrían anonadarme a cada momento. Entonces me veía yo en apurillos de dinero muy amenudo, por unas pequeñeces; cuando se trataba de adquirir un traje turco, un arma, o tan sólo de enviar al judío Salomón a las tiendecitas de la vecindad a comprar nuestra cena... Entonces me era preciso contar con estas turbas que esta tarde oigo alborotar en entrambas riberas; con estas gentes del pueblo a las que mi fanta-

sía me había mezclado. Entre ellos tenía yo prestamistas, acreedores, amigos que me eran útiles, enemigos cuyas delaciones me aterrizaban... Ahora podría comprar diez veces a todos estos menguados enemigos, su silencio, también, sólo con algunas monedas de oro de mi cinto. Actualmente mis horizontes se han dilatado, dilatado desmesuradamente y soy casi un soberano comparado con el muchacho desvalido de antes. Pues bien; todo esto, que diez años ha, habría sido el encanto de mi vida con ella, ha llegado a mí demasiado tarde. sin duda; ya que apenas me inquieta. Algo se ha extinguido en mí; algo de mí mismo se ha sepultado con Aziyadé, en tierra turca.

La gran decoración continúa cambiando. Las misteriosas cúpulas aparecen indecisas y casi diáfanas en la noche; las luces son innumerables; y, en las alturas, brillan las estrellas. El tiempo cada vez más suave, sin un soplo de brisa, tal cual en una noche de estío. Miro, libre ya de mi modorra de muerte, miro con ávidez, dilatadas las pupilas para abarcarlo todo. Y me siento lleno de contradicciones que me estremecen. Unas veces, fiel siempre la querida memoria de mi muertecita, estoy triste hasta el

fondo del alma y como para siempre; y experimento la sensación (que yo sé que es fugitiva, por serme ¡ay! conocida ya otros tiempos) la sensación del desvanecimiento y del fin de todo sobre la tierra. Otras, momentos después, me invade un retorno a la vida, con una especie de victoria egoísta, de triunfo, al volver a hallarme vivo aún, aún joven, sensible aún al amor. Y, entonces, me dejo influir por este país de Oriente, por la tibieza de la noche, por los recuerdos de embriagueces pasadas, por todas las cosas que debían tenerme ya para siempre, sin cuidado.

¡Diez años para nuestras almas humanas, que duran tan poco, es, en verdad, un período infinitamente largo!... Diez años de separación, de silencio, minan, agujerean el recuerdo. Esto lleva a una especie de renunciamiento; a instantes de olvido, singulares; casi a un anochecer para el amor, aun entre aquellos que más se han querido. Y darse cuenta de esto, es en sí, una cosa amargamente alucinante.

Noche cerrada ya, llegamos al fin del gran puente de Estambul, y subo a Pera, al hotel.

Comida vulgar en mesa redonda, en com-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MEXICO

pañía de turistas conocidos ayer en el Oriente-Exprés o en el vapor de Varna.

Y por un momento, vuelvo a ser como todo el mundo, y charlo, con la memoria adormecida, recordando apenas que es mañana, mañana por la mañana, la dudosa entrevista con Kadidja, y la visita a la sepultura.

Más, enseguida, después de cenar, pido un caballo para ir a Estambul. (A los dependientes de las fondas europeas, las parece siempre, una cosa absurda esto de ir de noche a Estambul, y, sobre todo, de ir allá sólo. Y, sin embargo, voy, voy para ver de noche la casa del viejo Abeddin; la casa en la que ella ha debido morir y de donde se la llevaron una noche, casi clandestinamente.)

Primeramente, cruzo al trote largo las calles de Galata, llenas de luces, de gritos y de música. Después, a la entrada del puente que enlaza las dos ciudades, en el punto en que comienzan a reinar las sombras y el silencio, me detengo para hacer encender el farolillo que un espolique llevará delante de mí durante mi paseo por la ribera opuesta, y bien pronto, franqueando el puente, he-me aquí metido en el inmenso Estambul, negro, cerrado y muerto. Durante el día, retenido en otra parte, no había hecho más

que vislumbrarlo de lejos; y, después de diez años llego ahora a él en plena noche, exactamente igual que cuando lo visité por primera vez en mi vida, durante una fiesta de Bairam.

Noche oscura. Las estrellas empañadas. Mis ojos van habituándose al medio; acabo por ver, y, sin vacilación, cual si hubiese partido ayer de aquí, me dirijo a! trote, por entre este dédalo, entre los altos muros sin ventanas, reconociendo, al pasar, los grandes palacios enrejados, los funerarios quioscos en que arden los velarios, las cúpulas de las pálidas mezquitas silenciosas que se exclaman en el cielo. Y la luz de mi linterna, que corre, que baila delante de mí, me va mostrando en tierra, a lo largo de la calle, manchas oscuras, que son perros dormidos.

Voy de prisa, pues es tarde; y la casa del viejo Abeddim está lejos.

Al revolver una esquina se abre, a! fin, ante mí la gran plaza desierta de Mehmedalíh, bordeada de una serie de cupulitas: chatas, de una blancura de lienzo. Me acerco al final de mi objeto; casi he llegado ya a él. Cruzó en diagonal la plaza, escuchando ahora los cascos de mi caballo que suenan más

fuerte sobre el enlosado, despertando por doquier lúgubres ecos. Después, me hundo de nuevo en la obscuridad de una calleja estrecha;—y en ella es donde se me aparecerá la casa, la vieja casa de madera, alta y triste, pintada de rojo oscuro, con sus ventanas enrejadas, salientes, sobre las que están pintadas mariposas amarillas y tulipanes azules. Nadie pasa nunca por este barrio, nunca en él se abre una puerta, jamás se escucha un rumor de vida, jamás se ve una luz. He acertado mi marcha, y hago iluminar por el farol de mi espolique los viejos muros, la base de los viejos balcones de impenetrables rejas, para conocerlas bien, para no equivocarme cuando pasemos... Más, de pronto, nada ya delante de mí. Un vacío infinito, sembrado de piedras derrumbadas, de vigas ennegrecidas y mi caballo salta sobre escombros.

El fuego ha hecho aquí su obra. Uno de los grandes incendios que abrasan aquí barrios enteros en pocas horas, lo ha destruido todo... «Esto ocurrió el invierno pasado»—me dice mi guía, agitando su linterna de izquierda a derecha para mostrármelo mejor. No ha quedado el más pequeño rastro de calle. En una extensión de trescientos o cuatrocientos metros, sólo hay escombros.

¡Así pues, se acabó! La casa en que Aziyadé cerró sus ojos se ha fundido en las llamas. Ante estas ruinas, es preciso retroceder.

Y me alejo, poniendo mi caballo al paso, tomando, al azar, una dirección cualquiera, en la noche oscura.

Este montón de ruinas... ¡No; no había yo previsto esto! Esta destrucción rebasa la medida de cuanto yo esperaba. No es que me figurase que fuera eterno este barrio sombrío; pero sí creía, sin duda alguna, que, pues contaba muchos siglos ya, duraría siquiera, tanto como yo. Mi angustia aumenta ahora, al convencerme de que jamás, jamás podré venir a vagar por esta calle que era la suya, bajo los altos balcones enrejados de la casa en que ella había pasado la mitad de su vida.

Al marcharse ya no mira nada. En el fondo de mi alma me atormenta una especie de desesperanza melancólica, sin compensación, sin consuelo, sencillamente dolorosa. El recuerdo de ella, el sentimiento que ella me inspira, el pesado remordimiento, son para mí como una opresora capa de duelo. En este instante, nada me distrae ya. Y, además, surge esta pregunta desoladora, que se me presenta con una claridad glacial: ¿A

qué conduce lo que voy a hacer mañana? ¿A qué el engaño pueril de esta visita a su tumba? ¿Sabrá algo de ella que he vuelto; y se dará la menor cuenta del beso que daré a la tierra, sobre los despojos que fueron su cuerpo? ¡Oh! ¡El temor amargo e irremediable de no poder ya jamás, jamás, cambiar con ella un sólo pensamiento!... ¡Pobrecita Aziyadé! ¡Cuántas cosas no he sabido decirle, que me abrasan ahora, y que le diría si me fuese devuelta, unos minutos tan sólo, para una postrera entrevista!

Para decirle que la he amado profundamente, con más ternura aún de lo que ella creía, de la que creía yo mismo; para decirle que jamás se extinguirá la pena de haberla perdido; para pedirle perdón por vivir, de ser aún joven y de amar aún... ¡Para decirle todo esto, y dejarla, después, dormirse de nuevo en el regazo de la tierra, tras una despedida henchida de amor!... Más no; es preciso continuar así durante toda la eternidad, bajo esta incomunicación horriblemente cruel. Pronto llegará mi hora, también, haciendo esta incomunicación más irreparable aún y aún más definitivo el silencio entre nosotros; porque todas las cosas, que no he podido decirle, pero que

viven en el fondo de mi mismo, conmigo morirán. Y el tiempo continuará huyendo; y los nombres de los dos, se olvidarán... Se olvidarán, separados...

Alejándome, siempre al azar, por el dedalo de calles y bajo la densa noche, termino por llegar al centro de esta inmutable ciudad en cierto barrio muy santo, en el que se alza la mezquita del Sultán Sehim. Tumbas, cipreses, quioscos funerarios en que arden menudas lámparas que iluminan los catafalcos. Una calle exquisita y única en su género, muy derecha, y, sin embargo, de típico aspecto árabe, toda enjalbegada, bordeada regularmente por series de arcos ojivales. Estas casas centenarias constan sólo de un piso bajo, muy bajo, dejando ver a derecha e izquierda, extensiones de cielo. Es aquel el lugar más elevado del centro de Estambul, desde el cual se dominan todos los alrededores. Solas, las cúpulas sobrepuestas de la mezquita vecina se yerguen en la azulada obscuridad del aire, blancas como la nieve, indecisas como los halos que se forman en torno de la luna.

La calle se prolonga en larga fila de arcadas tristes y va a perderse en la sombra confusa; pero allá un poco a lo lejos, una

puerta, abierta aún, derrama un ténue resplandor sobre el pavimento blanco.

¡Oh! Es, precisamente, el viejo cafetín donde yo acostumbraba a detenerme con Achmet, en horas un tanto avanzadas de la noche, cuando cruzábamos a pie el gran Estambul. ¿Cómo es posible que permanezca abierto tan tarde? Diríase que es por mí; que me espera y que me llama. Me apeo un instante, para ir a sentarme en él, bajo los arcos, a la fresca de la noche.

Todo continúa aquí intacto. Las antiguas pinturas, las viejas estampas de la Meca, pegadas en la pared... Son las mismas. En frente, en medio de la calle, existe aún la antigua fuente de mármol, cubierta en su vértice por algo que parece una negra cabellera y que es realmente, un manojo de helechos. Aún este mismo banquillo que acaba de acercarme el cafetero, ha debido de servirme ya más de una vez.

Antaño—lo recuerdo exactamente,—cuando me sentaba aquí, veía pasar de trecho en trecho algunos piadosos derviches que se dirigían a la mezquita;... y, precisamente, en el instante en que estoy pensando en esto, el grupo de derviches aparece. Caminan lentamente, volviendo la cabeza para mirar a estas gentes, rezagadas a esta hora insólita de

lante de este café que es el único que permanece abierto, en toda esta extensa calle desierta, de lontananzas perdidas en la noche oscura.

Antaño—también de esto me acuerdo—había aquí un músico, un viejecito que durante toda la velada, en el fondo de la extraña salita, ejecutaba en un violín aires orientales, tristes hasta degarrar el alma... Y esta noche, de pronto, detrás de mi comienza a gemir esta misma música. ¡Oh! Ahora la evocación es tal, que siento circular, más hondamente que nunca, circular por mi médula el escalofrío de mi despertar angustioso... Así, pues, yo estoy aún aquí, yo mismo, sentado tranquilamente en el sitio de costumbre. En torno mío, Estambul; las cosas son las mismas y permanecen como estaban... y nuestro pisito adorado de Eyub, no existe ya; y la casa de ella, está reducida a cenizas y Achmet ha muerto, y ha ya siete años que ella está sepultada bajo tierra, y todo está arrasado, barrido, acabado para siempre jamás... La frase de la hermana de Achmet, resuena en mí, de pronto, más terrible, cual si a mi espalda me la cantase el violín con notas desconocidas de inaudita tristeza... «Fué al terminar la primavera... Se la llevaron de noche...»

Se la llevaron de noche... Veo el crepúsculo de mayo o de junio, tranquilo, limpio, iluminando, en ironía punzante, con sus tintas rosadas, la cara sombría. Entreábrese, después, la puerta, sin ruido, dando paso a unos hombres cargados con un pesado objeto... Oh! ¡Es un cuerpo el que se va así, y este cuerpo es el suyo!... No; jamás había experimentado yo por ella, nada comparable a mi sufrimiento presente...

Por otra parte, parece que desde el principio de mi peregrinación a Constantinopla, a pesar de las dificultades sembradas como por placer, en mi camino, a pesar de los cambios de la destrucción de la muerte,—y no obstante las intermitencias de olvido que me confunden—parece, digo, que voy acercándome siempre y cada vez más, al querido fantasma perseguido; y que nuestras almas están próximas a reunirse.

He vuelto la cabeza hacia el lado de la calle y de las sombras, porque mis ojos se velan súbitamente y no veo nada. Lágrimas horriblemente amargas, lágrimas de abandono, como han debido de ser las tuyas, res balan a lo largo de mis mejillas.

El muchachito que me sirve el café y la pipa, observa que lloro y me mira con asombro, y dándose cuenta de que, sin duda algu-

na, los negocios de este extranjero le son indiferentes, se retira sin hablar. El viejo músico de la muerte, está solo, casi entre sombras, y continúa tocando como en sueños.

Me quedo aún, prolongando cuanto me es posible estos momentos de dolor, porque, nunca, en diez años, me he sentido tan cerca de ella como aquí, en la soledad de esta calle plena de sombras, en tanto gime, detrás de mí, en medio del silencio y con la noche en torno, la ahilada música penetrante de este violín.

Una hora después, trasladado a la otra orilla, vuelvo a subir a Pera, despidiendo a la puerta del hotel a mi espolique y a mi caballo. Y, cambiando de idea, en lugar de entrar, vuelvo a partir solo, a pie, para barzonear al acaso, quizás hasta la mañana. Prefiero no perder durmiendo, el breve tiempo que he de permanecer aquí.

Con esto experimento una especie de embriaguez inesperada, absoluta, hallándome solo, libre, sin objeto, tendido en las calles oscuras. La noche continúa siendo dulce, como de junio, y el aire está cargado de todos los olores de Constantinopla, en los que sobresale, en estos barrios, el balsámico perfume de los cipreses.

Durante tres meses de verano, antes de

ir a habitar en Hadjikení y en Eyub, había yo vivido aquí, en lo alto de Pera, contemplando desde mi ventana el maravilloso panorama lejano de Estambul. Era en los tiempos aquellos en que esperaba la llegada de Aziyadé, sin creer ciertamente que viniera, y esperándola, me aturdí con otras. Era, también, en la época transitoria de mi vida, en la que, de repente, no teniendo ya ni fe ni esperanza, me lancé al amor con todas mis fuerzas. Y el encanto nuevo del Oriente del esplendor del estío, y el reclamo de tantos ojos negros, todo esto, había hecho de estos tres meses de espera, algo singularmente voluptuoso, con profundidades de una tristeza de abismo. ¡Oh, las noches de entonces, empleadas en errar por las calles, como hago ahora, más siempre a caza de aventuras, tras una aventura nueva! ¡Aquellas noches!... ¡Cómo se alza ante mí su recuerdo, a cada paso, a cada nueva cosa reconocida en la obscuridad!... ¡Y éstos olores!... ¡Tampoco han cambiado! ¡Y todos los ruidos que tan rápidamente reconozco como familiares: aullidos lejanos de los perros vagabundos; señales de vigilantes, que golpean el sonoro pavimento con el cuento de sus ferradas pértigas; el clamor confuso

procedente de allá abajo, de los lugares de perversión de Galata!...

Desciendo por las escaleras de una calle que no está edificada más que por uno de sus lados, y que, por el otro, domina una profunda cortadura: El Campo de los Muertos, con una línea pálida, a lo lejos, que es el mar; y un festón fantástico de Estambul.

Me parece reconocer de un modo muy particular este piso, estos escalones...

Efectivamente. ¿Cómo no había yo caído antes, en que esta calle es la mismísima en que yo vivía y que ésta es mi casa de Pera, y que aquéllas son mis ventanas? ¡Cuántas veces he entrado yo en este piso, a horas impropias, cuando ya los frescos tintes rosados de la alborada comenzaban a apuntar por la costa de Asia!... Poco a poco recuerdos más precisos de locuras pasadas, me asaltan a pesar mío y me turban más y más.

Después llego al Campo chico de los Muertos, rodeado de tapias: un bosque de cipreses que huelen bien y en el que se hallan sepulturas mulsumanas tan antiguas, que ya no inspiran horror. Antes acostumbraba a penetrar en él, de noche, y a sentarme sobre el seco musgo, sembrado de gábulas olorosas que caían de los árboles. Era un asilo se-

guro, en el que las citas no tenían nada que temer. La entrada estaba allá, por el pórtico de rejas de hierro que comienzo a vislumbrar. Portón siempre cerrado; pero cuando se estaba, como yo, acostumbrado al lugar, pasando la mano por una parte del muro, en que la piedra está carcomida, se alcanzaba el cerrojo y se podía abrir... Y mi mano, por sí sola, se introduce por el hueco de la pared, halla el cerrojo, y lo descorre. El portón se abre aún, chirriando ligeramente al girar sobre sus goznes herrumbrosos, con un ruido conocido, que acaba de trastornarme.

¡Dios mío!... ¿Es que yo no sé ya qué es lo que he venido a hacer en Constantinopla? ¿Lo he olvidado?... ¡Estando ya tan próxima mi visita a su tumba, he podido pasar por un momento tal de turbación y de indiferencia!... ¡Oh, la frase fúnebre! «¡Se la llevaron de noche!...» ¿Cómo, ni por un solo instante, ha podido huir de mi mente? ¿Cómo soy aún tan juguete de mis pasiones, que haya podido pensar en otra cosa?... Al regresar al hotel, bajo la cabeza, me parece que he ofendido su grata memoria

todo el tiempo que he invertido en este extraño paseo nocturno, que he alejado de mí el espectro amado, que se aproximaba poco a poco...

Y al hallarme solo, por fin, en el oscuro cuarto de la fonda, no viene a mí el sueño, pero sí el llanto: las lágrimas que lavan y que bendigo.

IV

Viernes, 7 de octubre, de 188...

Me despierto, tras sueños confusos. Me visto, inquieta la mente, para acudir al cementerio.

En mi equipaje he colocado uno de esos vestidos turcos, bordados, que la gente del pueblo viste los días de fiesta: pobre reliquia, un tanto ajada, de nuestros tiempos de Eyub. Lo usaba en nuestro pisito, por nuestro barrio, allá, por la noche. Aziyadé me había hecho jurar, también, que yo retornaría con este traje, para que ella volviese a verlo; y, después de diez años, lo visto nuevamente, aunque sea para ir a visitar su tumba en el cementerio. Luego, cuando ya estoy vestido así, me acomete una duda: estas ropas orientales que tan familiares me eran antaño, me causan hoy el efecto de un disfraz, de una triste mascarada... Quisiera, por esto, despojarme de ellas y guardarlas. ¿Qué hacer?... Intento ocultarlas bajo

un sobretodo vulgar, de color indefinido— que, en seguida, reemplazo por una capa de viaje, más larga aún, en la que me envuelvo hasta las polainas doradas. ¡Cuán pueriles todos estos detalles, tratándose de una peregrinación fúnebre cuyo dominio os turba hasta el fondo del alma!

Abajo está ya dispuesto un buen carruaje, que encargué la víspera, para que las mujeres pudieran tener asiento en él, a mi lado; y me pongo en marcha, bajo un hermoso sol, puro, que respira alegría.

Es menester dar un gran rodeo y pasar por calles de pendientes peligrosas para poder ir en coche a la plaza de Hadji-Alí, en la que ellas me han citado, ya que Kassim-Pachá es un arrabal bajo, separado de Pera por las hondonadas del «Campo de los Muertos».

Sin embargo, llegamos. Aquí están ya la pequeña mezquita blanca, y sus cipreses negros.

En la plaza de Hadji-Alí, columbro dos mujeres que me esperan; nada más que dos: Anaktar-Chiraz y la hermana de Achmet. La tercera, Kadidjá, la esencial, la más deseada, ¿cómo es que no está allí?

Las otras dos, al verme, hacen un gesto de consternación.

—¿Qué es esto, Dios mío?... ¿Ha rehusado verme?... ¿Ha muerto, acaso? ¡Entonces sí que estaría terminado todo! Habría naufragado en el puerto y nadie ya, en el mundo, sabría guiarme... Tengo tiempo para decirme todo esto, en algunos segundos de ansiedad jadeante, mientras salto a tierra y corro hacia las mujeres para interrogarles.

—No—me responden. —No es nada tan grave. Es que la pobre vieja está enferma, desde el año pasado, clavada en un camastro, imposibilitada de dar un paso. Y ningún coche puede llegar al barrio en que ella vive; tan estrechos y empinados son los caminos.

Por otra parte, ¿A qué había de venir ella hasta aquí, siendo así que la tumba que buscamos está en la otra costa del Cuerno de Oro, por la parte de Estambul, aunque mucho más lejos, en el campo, fuera de murallas?

¡Fuera de los muros de Estambul! ¡Allá es donde la han enterrado! ¡Oh! ¡Cómo este pensamiento, me parte ya, por anticipado, el corazón!

Rápidamente surge ante mí, en mi pobre mente, la región desolada formada por eriales y por bosques de cipreses que se extien-

de al pie de las viejas murallas inmensas desde el Fanar hasta Siete Torres; todo el fúnebre desierto de una decena de kilómetros de largo, en el que son enterrados, al azar, los muertos vulgares. ¡Allí es donde la han sepultado! Algunas veces, ya había yo sentido el espantoso temor de ello, sin querer, por lo mismo, atormentar mi pensamiento con esta idea. No; antes trataba de representármela durmiendo en alguno de estos deliciosos cementerios de Escutario de las orillas del Bósforo. Y ¿cómo descuorir allá, en aquel sitio, su querida sepultura, si esta Kadidjá, que es la única persona que la conoce y que, sin duda, no ha de vivir largo tiempo, no puede venir hoy mismo, cueste lo que cueste, a enseñármela?

Una vez más experimento la angustia de sentir que el hilo conductor se quiebra y se escapa de mis manos; la angustia de buscar una fórmula cualquiera, siempre con esta misma prisa febril, y de hallar algún...

Al fin brota una idea en mi mente, y llamo al cochero griego que me ha servido.

(Este conciliábulo en esta plaza, este extranjero, este coche, son cosas asombrosas para las gentes de este barrio inmóvil; y tras las rejas de las ventanas comienzan a entreverse ya algunos pares de ojos). He

aquí que me acuerdo, de pronto, de las literas que, diez años ha, estaban aún en boga, en Pera. Yo había visto en aquella época, las tardes de lluvia, actrices o bailarinas que se hacían conducir así al hotel. Este cochero, que tiene traza de listo sabrá, quizás, hallarme una, en seguida, y traérmela aquí mismo con un relevo de camilleros...

Una moneda de oro, a cuenta, otra, después, por su trabajo, si me proporciona todo esto en media hora. Y parte, seguro de su éxito, fustigando sus caballos.

Una más aún de estas esperas inciertas como las que tan amenudo, han cortado mi jornada de ayer. Mientras tanto, me siento sobre una piedra, entre las dos mujeres. Me despojo de mi capa gris, que, en estos barrios es más extraña que mi traje oriental; y ahora los bordados de mi vestido, antaño recogido por ella, vuelven, después de tantos años, a brillar con sus reflejos de otros tiempos ante el sudario de cal de los mismos viejos muros; y en la blanca callejuela, soleada, solitaria, me siento feliz, con melancolía, al haber vuelto a adoptar por un momento, el aspecto de cualquier paisano de aquí.

Treinta, cuarenta minutos se deslizan en una espera silenciosa. Las dos enlutadas

mujeres, yacen sentadas, la cabeza entre las manos, una a mi derecha, la otra a mi izquierda;—cual pensamientos de muerte que hubieran adquirido forma humana.

Por fin, allá, en lo alto, en la cúspide de una cuesta que domina el barrio de Hadji-Ali, aparece, recortado sobre el fondo del cielo, el carruaje que vuelve al paso, ¡seguido de la litera y de los angarilleros!

¡Aprisa, aprisa! Que el coche me espera aquí con Anaktar-Chiraz, una hora, dos horas, todo el tiempo que sea menester, y que la hermana de Achmet, los camilleros y la litera, bajen conmigo hasta el Cuerno de Oro, donde alquilaremos un gran esquiife para pasar a Estambul.

Ya en Estambul, desembarcamos en el sombrío Fanar, en la escala más próxima al barrio de Kadidjá; después trepamos por calles en escalera, entre murallas desconchadas y ruinosas, y observados por los raros transeuntes, que se vuelven a mirarnos, con un aspecto de hostil inquietud.

En un chiribitil sin nombre, en un obscuro camaranchón, yace Kadidjá, tendida sobre andrajos horribles, lanzando apagados gáñidos, como una pobre bestia enferma. Pero es ella, ciertamente; y yo creo que nin-

guno de los rostros ni ninguna de las cosas que he vuelto a ver en Constantinopla, me han impresionado tanto como esta vieja faz negra, en la que hay algo de la malicia del mono agonizante, y de suplicante ternura; no sé qué mezcla de animalidad que se descompone y de un fiel espíritu que se va.

Al acercarme a ella, tenía miedo de sus reproches y de su cólera. Pero la explosión de todo esto se disipó ya ayer, cuando la hermana de Achmet pronunció mi nombre; después me perdonó, porque había vuelto. Ya no oigo el terrible ¡Eulú! ¡Eulú! ni la maldición que me anunciaba un presentimiento cruel, diez años ha, cuando escribí el capítulo final de *Aziyadé*. Por el contrario, ella me tiende sus pobres manos negras, arrugadas, torcidas, horribles. A pesar de todas las distancias, nuestros ojos se penetran y se comprenden. Lloro; y, mirándola, siento que mis lágrimas brotan, también. Ella es la última de las últimas, negra, esclava de nacimiento, ahora despojo humano apenas, que perece de miseria, en un muladar... Y, me inclino sobre ella con tierna piedad y hasta creo, que, sin gran esfuerzo, le daría un beso de misericordia.

Seguramente; — dice — se levantará a

pesar de sus males, y se dejará conducir y llevar; hará cuanto yo quiera aún a riesgo de morir esta tarde, feliz, mucho más feliz de cuanto ella hubiera sabido pedir a su cielo, dichosa del papel que va a representar entre su ama y yo; feliz con la suprema visita inesperada que va hacer a su tumba. Y sus lágrimas corren, corren sobre lo negro de sus mejillas: lágrimas de alegría que la transfiguran.

Mas otra nueva dificultad se presenta. Los camilleros muestran ahora su disgusto y no quieren prestarse a este plan. ¡Cómo! Levantar ellos eso, con sus brazos; sentarlo en su litera, tapizada de terciopelo nuevo... ¡No; eso, jamás! Ellos son conductores elegantes de bordado traje que no se prestan a ser rebajados con un trabajo tal. Rehusan.

Reflexiono, además, que esta pobre vieja casi desnuda, se enfriará mortalmente, una vez apartada de los pingajos inmundos que están amontonados sobre su cuerpo; pero recuerdo haber visto al pasar hermosas mantas de lana color naranja, en los anaqueles de una tiendecita de judíos; y ruego a la hermana de Achmet que corra y compre una. Entre ella y yo, envolveremos

a Kadidjá en la manta, la alzaremos en brazos, la llevaremos a la litera, y los moros podrán ya, llevarla sin temor.

Un cuarto de hora más perdido en este tocado que parece un atardamiento. Al fin la vieja, envuelta, arropada por la lana gruesa y nueva, y sentada en la litera de terciopelo, sonríe, a pesar de su dolor y de su pena, ante este lujo desconocido hasta aquí, durante toda su vida. Y partimos, despidiéndonos de la hermana de Achmet, con apretones de manos y agradecimiento.

Al marcharnos, Kadidjá, parece resucitar a la vida. Con una vocécita clara, dà sus órdenes e indica por qué parte de Estambul habrá que salir. Avanza la mañana. Alquilo un caballo en el camino y ordeno a los muchachos que corran. Chiquillos que ven pasar el gran lujo de la litera escoltada por un caballero dorado como un *cavás* de baja, atisban por las ventanillas de cristal para ver la belleza que es transportada tan de prisa; y, después, se asustan al sorprender aquella cara negra de macaco.

Todas estas agitaciones, todos estos apresuramientos, me han hecho perder de vista el objeto de la caminata. Además, influye el placer físico de montar este buen caballo

joven, que la casualidad me ha deparado; el placer de cortar el aire vivo y puro en una hermosa mañana de sol... Y otra vez aún, el olvido vuelve. Marcho al trote, aligerado el corazón, interesándome por las cosas singulares y grandiosamente tristes del contorno.

Caminamos largo tiempo por estos barrios casi inhabitados, medio en ruinas que se llaman «El Viejo Estambul». Después, la gran muralla almenada que encierra todo esto, se nos presenta, al fin. Salimos por antiguas puertas ogivales que se suceden en obscura bóveda; y henos aquí en el campo ya, en el desierto de las tumbas.

A nuestra espalda, estos baluartes que acabamos de salvar, parecen el cerco de alguna colosal ciudad abandonada. Increíblemente altos, erizados de dientes puntiagudos, flanqueados por enormes torres, se alejan de nosotros, a derecha e izquierda, indefinidamente paralelos, perdiéndose en las lejanías desoladas.

Ante nosotros se extiende la interminable región de las sepulturas; eriales de un gris rojizo salpicadas aquí y allá por grupos de cipreses negros, que se alzan como las agujas de una iglesia. Un pueblo de tumbas cubre este suelo, con sus piedras encima, de

todas las edades, de todas las épocas de la historia. Esta tierra árida está llena de osamentos de muertos.

Antaño, cuando yo vivía en Eyub, rara vez venía por estos sitios. Una vez, sin embargo, dimos un paseo por aquí, en pleno día. Vinimos ella y yo, después de comer, una tarde de diciembre, escogiendo este lugar porque era el más desierto. Y, muy cerca de aquí,—lo recuerdo bien—un pajarito, que, sin duda equivocaba la estación, cantó para nosotros solos, un canto de primavera desde las ramas de uno de estos cipreses... Después, más lejos, vimos enterrar una hermosa muchachita—que debe de ser polvo hoy.

¡Oh! Este paseo sobre la hierba cortada y las margaritas de invierno, el único que nos atrevimos a dar juntos, bajo la luz del sol... ¡Cómo, y de qué modo tan desgarrador, lo recuerdo ahora!

Vuelvo a darme plena cuenta, de todo lo que de infinitamente melancólico hay en nuestro intento. La idea de que me acerco a ella, a los despojos de lo que ha sido su cuerpo, me hace experimentar profundos estremecimientos glaciales, y siento reavivarse en mí la impresión física, peculiar de las horas de duelo; la impresión de sentir el pe-

cho y las sienes perforadas lentamente, y cada vez más, por tornillos de hierro.

Miro en torno mío las sepulturas más próximas y también las más lejanas, buscando, interrogando con la vista las menos viejas, las que aún permanecen blancas y en las que brilla un poco de oro; las que no han adquirido aún el uniforme tinte gris rojizo del conjunto de todo este inmenso osario.

Durante muchos años había yo previsto, adivinado, este paseo fúnebre, todo cuanto hoy es realidad. Pero jamás había supuesto que se verificaría en la región de supremo abandono en que nos encontramos. No; no creí nunca, verme obligado a buscarla entre esta tribu de muertos. Ciertamente, padecería menos creyéndola fuera de aquí, perdida en medio de tantas y tantas otras que no tienen ya siquiera nombre, que no tienen ya siquiera piedra...

Hadidjá ha hecho torcer a los mozos hacia la izquierda y costeamos ahora la aplastante, la interminable muralla almenada, en dirección a Siete Torres, caminando sobre un terreno desnudo, que ofrece un aspecto de maldito.

Debemos acercarnos, pues la vieja ha golpeado el cristal de la litera con su negra mano, haciendo signos de marchar despaci-

to; y la veo que mira, con los ojos dilatados, que busca... También ella tiene ahora un gesto de duda, de vacilación—¡y yo, tiemblo!—¡Ah! Ya ha debido de verla, pues hace detenerse a sus arrogantes conductores, con un gesto de mando... Por aquí, a la derecha, hacia ese breve montículo en el que hay una decena de piedras en pie. ¡Allí es! Entre este número hay tres o cuatro tumbas de mujeres que distinguen a simple vista, con los remates pintados de azul o de verde, con inscripciones, y un capitel de flores extrañas, doradas en algún tiempo... ¿Aquella?...

Se hace apear, la pobre vieja, vacilante, con la mirada ardiente. Apoyada en los mozos, que la tienen envuelta en el anaranjado cobertor—no por cuidados hacia ella; sino por asco de su cuerpo—camina casi firme. Ha liberado de los pliegues de la manta sus horribles brazos de momia, en los que se acusan las hinchadas venas, y camina, por un esfuerzo de su voluntad entre los hombres que la sostienen; y avanza dando tropezones que le hacen padecer mucho... Yo la sigo con piedad infinita.

¿Cuál de aquéllas tumbas? ¡Ah! Sin duda, aquélla hacia la cuál parece dirigirse, pintada de apagado azul, con inscripciones

de oro aún brillantes... ¡Sí, aquélla es!... La negra se arroja sobre ella, y a ella se agarra con sus dos crispadas manos... ¡Pobre mono viejo cuya vista molesta; que infunde miedo!... En seguida se vuelve hacia mí para gritarme con alterada voz, salvaje, aguda, sorprendente en medio de este silencio: «¡Bourdá! ¡Bourdá, Aziyadé!» (¡Aquí! ¡Aquí, Aziyadé!) Hay en ello un sentido oculto que comprendo, y que me atraviesa como una espada: — «¡Eres tú, tú, quien la ha traído aquí!»... Después, súbitamente, me toma las manos y con voz completamente cambiada, con una voz de criaturita, dulce, dulce como para pedirme perdón, repite: «¡Aquí! ¡Aquí, Aziyadé!... ¿Ves?... ¡Aquí es donde está ahora!»... Y, al mismo tiempo, una mueca que parte el alma, contrae su faz y un torrente de lágrimas brota de sus ojos...

Bajo la cabeza; pero ni una sola lágrima acierto a derramar. Con un gesto maquinal para descubrirme, como se hace ante las sepulturas cristianas, llevo mi mano a la frente... Después, la dejo caer. Olvidaba el traje que visto para venir aquí: el fez turco no se quita jamás; ni aún para rogar a Dios. Me apoyo en el mármol, buscando entre las inscripciones retorcidas, que yo no sé

descifar, buscando su nombre, el verdadero, el amado, el grabado sobre la tosca sortija de oro que ella me dió, el que está escrito, también, en mi pecho, con pequeñitas letras indelebles... Pero, ¿cómo es que, de pronto, me hallo tan tranquilo, distraído, casi?... Parece como si no comprendiese bien; como si no estuviese aquí ya. ¿Qué es, pues, lo que ha cerrado mi corazón de modo tan inesperado? Sin duda la presencia de estos hombres, con sus miradas curiosas, con su asombro casi irónico; todo este grupo; todo este aparato, casi teatral. ¡Oh! ¡Era menester poder haber venido solo! No debían estar ellos aquí... Sus miradas, su proximidad sola, son ya insultantes para esta sepultura amada.—Y si ellos lo adivinan todo, quizás sea esto hasta un peligro, más tarde, para la tranquilidad de este lugar, cuando yo esté lejos...

Volveré solo, mañana por la mañana. Tendré tiempo aún, ya que el vapor que me espera, no zarpa hasta las tres de la tarde. Esta será mi verdadera visita. Pero, ahora, vámonos. Estas gentes que pisotean la tierra, que hablan...; lo profanamos todo...

A la que duerme bajo esta piedra, a ella, le digo en mi interior:—«Volveré, solo, a verte, pobrecita nena; pasaré contigo la

mañana de mañana, en tu desierto. Tú sabes bien que te amo; ya que por encontrarte, he realizado todo este largo viaje...» A pesar de todo, sin querer, miro furtivamente la tierra sobre la que se alza el monolito de mármol... No; no quiero pensar hoy en lo que hay debajo de él... Vuelvo la cabeza, y, a fuerza de querer erguirme, torno, de pronto, a sentirme impasible, con dura expresión.

Tomo nota de los alrededores, con atención extrema, para no equivocarme el camino cuando vuelva solo. Cuento, además, los bastiones cuadrados de esta formidable muralla sombría que parece cerrar el mundo detrás de nosotros, desde el lugar en que estamos, hasta la puerta por la que vamos a salir; después, apresuradamente, dibujo en un librito de memorias, los alineamientos, la silueta de los cipreses, a fin de asegurar todas mis señales. Grabo, para siempre, todo este fúnebre lugar en mi memoria; para no olvidar el camino cuando, dentro de diez años, de veinte años, me sea dado poder volver acá... Busco también algunas matitas que poder llevarme mañana... ¡Ay! ¡Casi no existen!... ¡Tan árida es esta tierra!... Solo dos o tres hojillas imperceptibles, espinosas, de un frágil liquen gris...

No sé si, ni aún en primavera, brotará sobre esta sepultura la más pequeña florecilla del páramo.

Vámonos. Marchemos de prisa. Los mozos colocan de nuevo a la extenuada viejecita en la litera; monto a caballo, y cruzamos esta soledad con paso rápido, como cuando vinimos. ¡Cuán rara en verdad y cuán inesperada para mí, esta visita tan corta y tan fría! Me voy más amargamente triste, descontento, insatisfecho... Si mientras tanto, cualquier novedad, me impidiese volver mañana; si de aquí a allá, cualquier cosa me fulminare... Hasta el momento en que nos reunimos en las formidables puertas de la gran muralla, continúo dudando, volviendo la vista atrás, tentado de volver sobre mis pasos, al galope de mi caballo.

Quando Kadidjá está acostada de nuevo en su camastro, en su negro camaranchón despido a los mozos, cuya presencia me es odiosa. Con el mayor agrado extendiendo sobre la pobre vieja el cobertor nuevo, que le place tanto y que acaricia con sus manos, como un niño con un juguete nuevo.

Quisiera interrogarla ahora, ya que es ella la única en el mundo con quien puedo ha-

blar, entre las que han sabido, las que han visto, que han guardado en su memoria todo aquello que yo tengo miedo de saber.

—Sí, Sí;—me responde.—Yo te contaré cosas, cosas... Uno de estos días, vendrás a hablar con tu Kadidjá, cuando ella haya dormido bien, para recordar todos tus sentidos...

—¡Uno de estos días!... ¡Pero si no dispongo de más días que de el de hoy.

—¡Ay, Lotí!—añade, incorporándose con dificultad.—¡No sabes!... No sabes que fui despedida, echada a la calle... Pero su Kadidjá no había ido muy lejos, no creas; y durante dos noches, estuve en la calle, junto a la puerta, para escuchar...

—¡Había sido despedida! Por lo tanto ¿qué podrá decirme?... ¿qué datos confusos y extraños podré obtener de su flaca memoria, que, además, parece ya transtornada?

—Y Feuzibé-hanum—le dije.—¿Sabes qué ha sido de ella?

—¡Ah, Feuzibé!... Sí... Era si que sabe muchas cosas!... Y pudiera ser, vaya si podría ser, que viniese aquí, a hablar contigo!

Esta Feuzibé, una de las tres o cuatro mujeres del viejo Abeddin, la había visto yo, sólo una vez, velada, naturalmente. Pero sabía que era para Aziyadé mejor que sus

compañeros, casi servicial y buena. Y parece ser que ella sola, es la que, de todo el harám disperso, quedó en Constantinopla, donde volvió a casarse. ¡Oh, si hubiese medio de hablar con ella!... Verdad es que no creo yo que esto sea posible...

—¿Cómo haríamos, buena Kadidja, para decidirla a venir aquí, a tu casa?

Momentos después, siguiendo indicaciones de la negra, en un cuchitril vecino busco, y traigo conmigo, una mujer viejísima, de siniestro aspecto de entrometida, que ha debido intervenir durante su vida, en más de una turbia aventura. Con ella es con quien Kadidjá cuenta, para preparar la entrevista. Muy excitada, ahora, le da con este objeto instrucciones que parecen bastante precisas; y yo, por mi parte, le prometo una buena recompensa. La entrevista será aquí, desde luego, y para después del mediodía, a eso de las siete, contando a la turca... ¡Pero tengo tan poca confianza en esto!...

Quisiera interrogar a Kadidjá, aún; pero, la infeliz, está a cada momento más agotada y me da lástima. Yo mismo, estoy terriblemente cansado de la excursión de esta mañana. Además; presiento cuanto va a decirme, si insisto, en términos más claros: que

Aziyadé murió por mi abandono. Ya que esto es verdad, mi deber es oírlo y me someto; pero bastará oírlo una sola vez, y esto será esta tarde, cuando vuelva... Ahora recuerdo que me están esperando al otro lado del agua; y, un poco cansadamente, me voy hacia allá.

Es preciso, pues, descender ahora al Cuerno de Oro, tomar un equife, pasar a la otra orilla, volver a la plaza de Hadji-Ali, donde me esperan Anaktar-Chiraz y el coche, y visitar otra tumba.

Sentado a mi lado, Anaktar-Chiraz ha dicho al cochero:

—«Vete al cementerio armenio católico de Chichlí...

Es muy lejos, a lo que parece, y tustiga a los caballos, que emprenden un rápido trote. Dando espalda a Estambul, llegamos de nuevo a Pera; la cruzamos a toda velocidad, la dejamos atrás, así como el arrabal de Taxim y henos aquí en otro suburbio, bien distinto de aquel en que Aziyadé está sepultada. ¡Cuán lejos uno de otro, han acostado a mis dos pobres amiguitos de Eyub!

¿En un cementerio católico?... ¡Ah, sí!

Ahora lo recuerdo. Achmet me había contado que él era armenio-católico; y que, más tarde, hacia sus quince años, se había hecho musulmán, adoptando este nombre. En sus últimos momentos, se habrá acordado de Cristo.

¡Qué horribles afueras, éstas, contrastando con las de Estambul, cuya melancolía es grande y soberbia! Aquí es el lado por el que todas las gentes cosmopolitas de Pera vienen a divertirse, los días de fiesta, a una campiña sin árboles, sin verdura, desnuda, absolutamente. Se instalan en torno a odiosos ventorrillos de empalizada, armenios, griegos, judíos, que recuerdan los horrendos alrededores parisienses. Después comienzan los campos de labor, en los que penetra nuestro coche, región toda gris, color de tierra, sin una hierba verde; y, por fin, en una altura solitaria, aparece un cercado de muros, grises, también, tras los cuales no se alza ni un ciprés, ni follaje alguno. Es el cementerio de Chichlí.

Entramos. Parece un cementerio de pobres, de ajusticiados. Ni una flor; ni una planta. Tal cual cruz de madera, o de piedra; algunas lápidas de mármol muy humildes; casi por todas partes, caballones de

tierra, indicando el yacimiento de los cadáveres.

La vieja Armenia se orienta, elige un sendero; se pone a contar los montículos siniestros:—uno, dos, tres, cuatro—y se detiene ante una fosa que parece haber sido mullida recientemente.

—¡Aquí está nuestro Achmet!

Y sus buenos ojos de madre anciana, se velan un tanto, ante el recuerdo del niño que ella había cuidado como a uno de sus hijos.

¡Oh, pobrecito! ¡Cuán doloroso es venir a ver el lugar de su sepultura!

No tendré tiempo de volver por segunda vez cerca de él, y le doy mi adiós postero.

—¿A qué lado cae su cabeza?

Aquí;—respondió la vieja, inclinándose para tocar con los dedos unos grumos de tierra.

Y en el lugar que me indica, recojo, para llevármelo, un pequeño trébol, mezquino, que ha crecido aquí, solitario...

Encargo al cochero que, a toda marcha, nos conduzca al hotel.

Anaktar-Chiraz está sentada, junto a mí, en el carruaje y, por el camino, le ruego se encargue, después de mi partida, de colo-

car en el cementerio, una lápida de mármol que deseo ofrecer a la memoria de Achmet... Pues recuerdo que una de sus penas, era la de morir antes de ser lo suficientemente rico para poder costearse una tumba.

No es mucho más de mediodía cuando llegamos al hotel. Todas mis largas caminatas de la mañana sólo han durado cuatro horas.

Hago subir conmigo a la armenia. Los sirvientes, poco acostumbrados a ver a los turistas con tales amigas, la miran, aunque sin insolencia, ante el honesto y digno aspecto de sus ropas de luto.

Sacando de su bolsillo sus gruesas antiparras, se sienta ante un escritorio para escribir todas las instrucciones que quiero dejarle, referentes a la tumba.

Pero el judío Salomón viene a interrumpirnos, conducido por un criado. Viene a decirme que ha hecho cuanto le ha sido posible por hallar a Achmet, y que nadie lo conoce.

¡Oh, lo creo, sin esfuerzo, alguno, que no es posible encontrarse con Achmet! Y desde ayer, desde la hora en que yo había enviado al tal Salomón en busca de informes, ¡cuánto camino he recorrido ya, por la región de las tristes certidumbres y de las fúnebres tranquilidades! En aquellos

momentos, todo era aún preguntas inquietantes; ahora, parece que sobre las cosas que tanto me intrigaban ayer, ha descendido una pesada lluvia de cenizas.

En caracteres armenios Anaktar-Chiraz ha acabado de anotar por sí misma, cuanto le he encargado referente a la lápida. Y ya están terminados nuestros quehaceres comunes. Sólo nos falta decirnos adiós.

Levántase ella para retirarse, y me mira con sus bondadosos ojos de madre que yo he admirado, poco ha, en Chichlí. Mientras me agradece cuanto he hecho por el pobre muertecito, derrama gruesas lágrimas, que, a poco más me obligarían a llorar, también.

Después, me pide permiso para besarme; y, al irse ya,—¡oh, lo deseo vivamente!— con todo mi corazón, para Achmet, le devuelvo su beso, sobre su arrugada mejilla de pobrecita vieja.

A las ocho horas turcas (al rededor de las tres de la tarde) acudo a la cita en casa de Kadidjá.

Junto al camastro de cobertor anaranjado en que las pobres horripilantes manos negras se agitan, la mujeruca de sospechoso aspecto con quien he tratado esta mañana, se ta-

la sola, de pie. Fenzibé-hanúm no está allí. Ya lo temía.—«Está ausente, dice la intermediaria, no se sabe dónde ha ido, ni por cuanto tiempo, tampoco...» Y comprendo al punto, por sus respuestas obstinadamente evasivas, por su expresión glacial y hermética, que es inútil insistir. Esta Fenzibé, que no quiere verme, le habrá metido miedo con alguna amenaza, o la habrá sobornado para no decirme nada.

Cundo se aleja, después de haberme pedido que le pagase su mandado, me siento sobre un banquillo, a la cabecera de la cama de Kadidjá.

Ahora comienza para mí la hora más cruel de toda mi peregrinación aquí; la hora de la explicación y del castigo.

En un intervalo, cortado por gritos y silencios, esforzarme por saber y lograrlo apenas. Exprimir este viejo cerebro negro, tan pronto abatido, como presa de delirio ardiente, Sacar de él por pequeñas frases incoherentes, cosas que me hielan, y que me abrasan. Sentirse detenido a cada minuto por la piedad de verla tan fatigada, por el remordimiento de haber, quizás, precipitado su fin, obligándola a realizar esta mañana tan larga excursión. Sentir entre ella y yo, para aumentar aún la nube oscura, las di-

ficultades de un idioma que ni uno ni otro poseemos de un modo perfecto. Y decirme, por tanto, que es menester aprovechar, de cualquier modo, este momento único; porque yo parto mañana... y porque ella va a morir. Ella es el único lazo de unión que, más o menos vivo, existe aún entre mi querida amiguita y yo. Cuando lo trague la tierra, toda ligadura quedará cortada para siempre. Lo que no haga salir hoy de esta memoria, medio descompuesta, será para siempre perdido.

En lo concerniente a la fecha, Kadidja está de acuerdo con la hermana de Achmet. Cierto es que, por la primavera habrá siete años que murió Aziyadé... En cuanto a las causas de su muerte... quedan como sobreentendidas entre nosotros. Con una delicadeza que yo no esperaba, la pobre mujer evita decírmelas. Más: con una mirada de asombro y de doloroso reproche, me detiene, cuando intento preguntárselas. A pesar de las alternativas de puerilidad senil conserva rasgos de rara inteligencia, y su corazón de pobre vieja esclava, no ha dejado de ser fundamentalmente bueno. Cada vez más aumenta mi respeto hacia ella— y mi piedad, mi piedad sobre todo, por tanta fatiga mortal como le causo.

—Así, por lo que dices, mi buena Kadidjá, ella esperó durante más de un año...»

¿Esperar qué, pobrecita mía? Algún quimérico retorno, un rapto, quizás; una de esas peligrosas aventuras, que, en rigor, podría yo intentar hoy, con oro e independencia, ¡pero que antes me eran imposibles!

Y al final de este tiempo es cuando comenzó a declinar rápidamente; a perder los colores de su sana juventud y a doblar su cabeza creyéndose hasta olvidada, abandonada para siempre.

—Pero mis cartas ...¿No las recibía nunca?

—¡Oh, las cartas!... Yo le entregué... espera; le entregué hasta la sexta...

—¿Y por qué no las otras?

—Las otras,—dice—¡al fuego!... ¡Las arrojé al fuego!... Puesto que me habían despedido, ya ves que no podía llevárselas ya; y tuve miedo de guardarlas.

Del modo con que ella ha pronunciado «¡al fuego!» comprendo que las consideraba, al fin, como objetos engañadores, maleficios, causas indirectas de desventura.

En cuanto a las de Aziyadé, Kadidjá, está segura de haberme enviado cuatro, ni una más. Esto es lo que yo creía: las cuatro primeras, las que se parecían a ella;

aquéllas en las que hallaba yo sus queridos pensamientos exquisitos con su chocante mezclanza de ideas de niña salvaje. Las siguientes, pues, aquellas cartas vulgares, vacías, inverosímiles, como las últimas de Achmet, ¿de dónde provenían? ¿Qué mano inquietante me las había escrito, y con qué objeto? Eso continuará siendo siempre un misterio; y, por otra parte, ¿qué importa, *ya que ahora todo ha terminado?*

Fueron las imprudencias de nuestros últimos días, las que, seguramente, abrieron los ojos del viejo Abeddín, acerca de nuestra larga e impune intriga—y, luego, vendrían las delaciones de las otras concubinas del harem, que serían interrogadas, a quienes harían hablar las amenazas o las promesas.

Aziyadé, por tanto, no ha podido ser expulsada de la casa de su dueño, ni maltratada; aislada, solamente, como cosa impura, olvidada y emparedada en el silencio de su departamento, en el que no entrarían más que criadas hostiles. Al término de un año, Kadidjá misma había visto cerrársele la puerta de aquella morada sombría, como sospechosa de sostener relaciones con el escribano público y con el correo francés de Pera... Y entonces fué cuando comenzó real-

mente la lenta agonía, con el fin de toda esperanza.

No creo yo que una criatura joven, muy joven, de hermosa sangre nueva, exenta de todo contagio, pueda morir de desesperanza solamente, si se le deja el sol, el aire y la libertad... ¡Pero así, enclaustrada y en el mayor abandono!...

—Ya sabes—dice Kadidjá—que su habitación daba a la parte de la Estrella (al Norte), y qué en ella hacía mucho frío...

¡Sí; recuerdo aquellas ventanas de rejas espesas, situadas en una de las alas de la casa en la que no tocaba jamás el sol. Distraídamente, las miraba yo, al pasar, en aquella calle oprimida por el misterio, a la que no llegaban más que de tarde en tarde los rojizos rayos, sin calor del sol poniente. Y me figuro lo que debía de ser aquel departamento, hoy destruído por el fuego, en el que la muerte, con lentos pasos, fué a buscarla...

Después Kadidjá continúa:

—Siempre cerrada allí, durante el invierno enfermó a causa del frío de aquella habitación. Entonces, las otras mujeres, le administraban remedios... ¡Oh, Lotí! Para que veas: esto era, sobre todo, lo que yo

quería decirte:... ¡le daban remedios... de los cuales yo desconfiaba!...

¡Dios mío! ¿Dónde estaba yo, mientras ocurría todo esto, en aquel harem obscuro?... ¡Tan fácilmente como se podía haberla salvado, con un poco de alegría y de sol, arrancándola de allá!... ¿Qué rincón del mundo estaba yo recorriendo, sin saber nada, sin poder nada, mientras el alma de mi amiguita se escapaba angustiosamente, y se abatía con lentitud su cuerpo adorado... hasta aquella tarde de mayo en que «casi clandestinamente se la llevaron»?

Algunos pormenores aún, que suplico, y que se me conceden, con gran trabajo, en medio de gemidos de criatura o de gritos—pues Kadidjá, delira, cada vez más agotada.—También yo, también yo estoy agotado por las cosas horriblemente penosas que escucho, y por la tensión de espíritu que necesito para hacerlas brotar, una a una, de esta cabeza de pobre mono viejo, casi muerto ya. Entre el horror de preguntar más, y el deseo de saber más cosas, vacilo, y estoy a punto de darlo todo por terminada—pero continúo aún, recordando que esta es la conversación postrera; la última

vez que puedo hablar de ella con un sér un tanto viviente...

Basta. Su tortura ha durado ya mucho—y la mía también.—Por otra parte, sé ya casi todo lo que quería saber... Me voy.

—Ahora ya es tarde... Tú volverás a Pera, ¿no?!...—pregunta la pobre vieja con un acento zalamero y persuasivo, volviendo de pronto a las mañitas sagaces de niño, impaciente porque esto acabe y porque la deje en paz.

Le entrego algunos luises de oro que la deslumbran y que la aseguran un poco de bienestar para el fin de sus días ya contados... Y después, le doy mi adiós definitivo, llevando de ella un perdón y una bendición enternecida.

La pobre, murió pronto, ciertamente. Sus ojos, que después de los míos eran los únicos que habían mirado a Aziyadé con ternura, se extinguieron y se descompusieron. La imagen de Aziyadé que perduraba aún en el fondo de aquella mente expirante, bien pronto no existirá ya. Cuando morimos, no es ello más que el principio de una serie de anonadamientos parciales, que nos sumergen cada vez más adentro de la absoluta noche negra. Los que nos aman mueren también. Todos los cerebros humanos en los

que nuestra imagen ha sido medio conservada, se disgregan y toman al polvo. Todo cuanto nos pertenecía se dispersa y se desmigaja. Nuestros retratos, que nadie conoce ya, se borran—y nuestro nombre se olvida—y nuestra generación pasa del todo.

Me alejo lentamente por la callejuela deteriorada y desierta.

A los pocos pasos requiero mi caballo, que un chiquillo paseaba dando vueltas alrededor de una plaza solitaria.

Es tarde ya, para volver a visitar su tumba... Pasaré allí la mañana de mañana.

Y, una vez más, comienzo a vagar sin rumbo, hasta la noche...

Al caer la tarde, en pleno crepúsculo, vuelvo a hallarme de pronto, en la inmensa plaza de Mehmed-Fatih, conducido por el azar.

Y viene a mi mente la frase de mi diario de otros tiempos, que ha quedado grabada muy especialmente en mi memoria, incorporándose, poco a poco, a este barrio santo, cual si fuese ella su propia expresión.

«La mezquita de Mehmed-Fatih, nos vé frecuentemente, a Achmet y a mí, sentados ante sus grandes pórticos de piedras grises, tendidos al sol, ajenos a las inquietudes

de la vida, persiguiendo un ensueño, intraducible a ninguna lengua humana...»

Nada ha cambiado en esta plaza. Continúa siendo uno de los lugares más turcos y más melancólicos de Estambul. La mezquita se yergue, siempre igual, a través de los siglos, con sus altas puertas grises festoneadas de dibujos misteriosos. Y, en torno, bajo las parras amarillentas de los cafetines, los mismos viejos caftanes de cachemir, los mismos viejos turbantes blancos, aparecen sentados aquí, a la postrera claridad de la tarde de otoño, fumando sus pipas, mientras contemplan cosas santas.

Me detengo en medio de ellos; en el mismo lugar en que diez años atrás habíamos visto, una tarde, aparecer sobre las gradas de la mezquita un iluminado, que alzando los brazos al cielo, gritaba: «¡Veo a Dios! ¡Veo al Eterno!...»—(Achmet, había movido la cabeza, incrédulo, replicando:—«¿Qué hombre, Lotí, será el que pueda jamás ver a Allah?...»).

Verdaderamente, no sé por qué la parada en esta plaza, se destaca tan profundamente entre tantos otros recuerdos de mi peregrinación; ni por qué experimento la necesidad de expresarlo aquí, para impedir

que esta impresión desaparezca en la rápida huida de todo—cual se retendría de la mano, por un instante, una brizna que arrasada por la corriente, flotase sobre el haz de las aguas.—

VI

Sábado, 8 de octubre, de 188...

Mañana del último día. Una densa niebla gris, desciende sobre Constantinopla, recordando los otoños del norte.

Como ayer, vuelvo a vestirme mi traje turco, para parecerme más a lo que era yo antaño; para ser reconocido más fácilmente, en la región de los muertos que voy a visitar, por no sé qué inciertas emanaciones de las almas que deben mirar a través de sus tumbas. Y, solo, esta vez, camino a caballo, a lo largo de la gran muralla de Estambul, infinitamente solo, bajo este cielo hundido y obscuro; solo en toda la extensión que alcanzo a vislumbrar en medio de estos eriales y de estas arboledas funerarias.

La muralla se prolonga a medida que avanzo, se desarrolla, siempre igual, en las lontananzas de la campiña muerta. Parece como si sostuviese con los millares de puntas de sus almenas, las pesadas nubes rastreas

dispuestas a caer sobre la tierra; y, en esta mañana sin sol, adquiere un triste color sombrío. Resto colosal del pasado, nos achica y nos aplasta, tanto a nosotros como a nuestras cortas existencias; a nuestros sufrimientos de un minuto; a toda la deleznable nada que somos.

Al pasar miro las hondas puertas ogivales por las que nadie sale ni entra; después, cuento con cuidado los enormes torreones cuadrados—hasta el momento en que doy con el altozano que se me indicó ayer, y sobre el cual, entre otras tumbas, está el pequeño remate azul con inscripciones de oro.

Y cuando he reconocido éste perfectamente, ato mi caballo a las ramas de un ciprés, para aproximarme solo, y tenderme en tierra, sobre la tierra tostada, ligeramente rociada por la lluvia, en la que crecen raras plantas mezquinas. Por la orientación del monolito, deduzco la posición del querido cuerpo que está oculto debajo, y después de haber oteado el contorno—a lo lejos, por si hubiese alguien que pudiera verme, me tiendo dulcemente y beso la tierra, sobre el lugar en que debe de hallarse el muerto rostro.

Años ha que he tenido el presentimiento,

mejor dicho: la visión anticipada de cuanto hago ahora. Bajo un cielo caído y sombrío como éste, me he visto volver, con estas ropas de antaño, a tenderme aquí sobre su tumba y a besar su tierra. Y es hoy, ahora, el beso postrero, y, sin embargo, esto mismo, no me parece que sea absoluta realidad. Me dejo distraer aquí mismo, por no sé qué; acaso por la inmensidad del fúnebre decorado; por todo este encanto de desolación, de que se rodea engrandeciéndose a mis ojos irresponsables, la escena de mi visita a esta tumba.

Sin embargo, a medida que los minutos pasan, espantosamente silenciosos, y mientras las pesadas nubes continúan arrastrándose sobre los recios muros sarracenos, voy adquiriendo poco a poco, conciencia de las cosas. Sufro más sencillamente; comprendo de un modo más humano y más doloroso y me fustiga el estremecimiento, el verdadero estremecimiento de infinita tristeza.

Algunos instantes se deslizan aún. Se alza un poco de viento, sembrando sobre este país de muertos gotas de lluvia flagelante.

Nuestra larga entrevista muda, cruza trases diferentes que parecen acercarnos más y más el uno al otro. Ahora estoy dominado

por completo, por la impresión de que nuestros cuerpos se han reunido nuevamente—después de haber estado tan separados por los años, por la distancia, por las correrías a través del mundo y por el indescifrable misterio que envolvía para mí el destino de ella. — Ahora siento que ambos estamos aquí, próximos, separados solamente por un poco de tierra, en la que la han acostado sin ataúd. Y amo tiernamente estos despojos—*que en este momento me hacen el efecto de serlo todo.*—Quisiera verlos, tocarlos, llevarmelos... Nada de cuanto haya sido Aziyadé podría causarme espanto ni horror...

Las nubes grises se arrastran con franjas más sombrías que, al pasar, derraman la lluvia sobre la melancólica campiña y sobre la muralla inmensa.

Ahora la imagen de Aziyadé está ante mí, casi viviente, evocada, sin duda, por la proximidad de sus despojos, en los que ha debido quedar, flotando, algo como una esencia de ella misma... ¡Oh!, mas viva, de pronto, tan viva como jamás había yo vuelto a encontrarla, desde la tarde de la separación. Veo de nuevo, claro como nunca, su sonrisa, su profunda mirada sobre la mía; su mirada de los días últimos; oigo su voz, sus breves inflexiones acostumbra-

das, confiantes, infantiles. Hallo de nuevo todas las íntimas e incoercibles cositas suyas que yo he adorado con ternura infinita. Y ahora, nada existe ya; ni el gran decorado, ni el extraño ambiente; no queda nada más que ella misma...—y todas mis cambiantes impresiones se debilitan, se funden en algo infinitamente dulce—y lloro con cálidas lágrimas; como ya tenía deseos de llorar.

Desde este instante me forjo la ilusión deliciosa de creer que ella sabe que he vuelto aquí; y que lo ha comprendido todo. Llega a mí la noción furtiva, inexplicable, pero íntimamente sentida de una alma persistente y presente. Y ahora, la amargura de los remordimientos que se adherían a su recuerdo, ha desaparecido, sin duda, para siempre jamás.

Me levanto apaciguado, con una muy diferente tristeza. De pronto, hasta su propio destino me parece menos sombrío. Ella se fué en plena juventud, no habiendo tenido más que este sólo sueño de amor—¡y beso como el que yo he venido a dar a su tumba, nadie, seguramente, vendrá a depositarlo en la mía!...

Al pie de la estela de mármol, de entre las hierbecitas que allí brotan, escojo una de las más frescas, que llevo conmigo; después, beso su nombre escrito en relieve, sobre el mármol, recubierto de oro apagado, y monto, de nuevo, a caballo, volviéndome de lejos, para verla una vez más en medio de la soledad en que huye, hasta perderse de vista, la alta muralla de Estambul...

VII

Por la tarde, apoyado en la popa del vapor que me conduce, miro cual diez años ha, cómo Constantinopla se aleja. Después cae el crepúsculo como un gran velo arrojado sobre todo; y al salir del Bósforo, en el Mar Negro la noche nos envuelve ya.

Todo se apacigua en mí; se apacigua más y más; todo se aleja, cayendo de nuevo en un lejano ya borroso.

VIII

Enero, 1892.

En los días de mi infancia, recuerdo haber leído la historia de un fantasma que venía tímidamente durante la noche, haciéndoles señas con las manos, a comunicarse

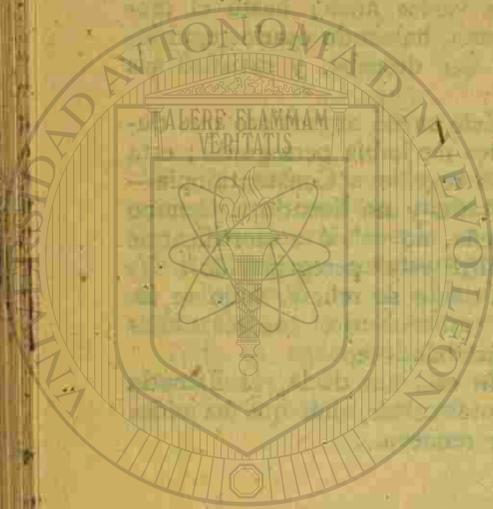
con los vivos. Y estuvo viniendo de este modo, durante varios años; hasta el momento en que uno, habiendo osado seguirlo, comprendió lo que deseaba, y satisfizo sus anhelos.

Pues bien. Este sueño angustioso que durante tantos años me había perseguido; esta pesadilla de mi regreso a Constantinopla—siempre dificultada y no llevada a término jamás—este sueño, no volvió a mortificarme desde que realicé esta peregrinación... Y, en cuanto a Oriente se refiere, todo se ha apaciguado en mi recuerdo, con los años que han ido sucediéndose...

Esta obsesión era, sin duda, la llamada del querido fantasma de allá, que ha oído, y que ya no se renueva...

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN[®]
BIBLIOTECA HISTÓRICA Y LINGÜÍSTICA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VALENCIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CATALOGO

DE LA

EDITORIAL CERVANTES

Rambla de Cataluña, 72.-BARCELONA



Obras poéticas

Pesetas

Poesías excelsas (breves) de los grandes poetas	2
Las cien mejores poesías líricas de la lengua francesa. 3. ^a edición	2'50
Las cien mejores poesías líricas de la lengua inglesa, prólogo de E. Díez-Canedo (2. ^a edición).	2'50
Las cien mejores poesías líricas de la lengua portu- guesa, prólogo de I. Ribera y Rovira	2'50
Las cien mejores poesías líricas de la lengua alemana, prólogo de Manuel de Montoliu.	2'50
Las cien mejores poesías líricas de la lengua italiana, prólogo de C. Boselli, Carta abierta de Guido Ma- zzoni, secretario de la R. A. I.	2'50
En el azul... Poesías originales. Prefacio de Teixeira de Pascoaes	2
La dicha y el dolor, prólogo de Montoliu	1

Florilegio, con las mejores poesías (líricas), griegas, latinas, italianas, portuguesas, francesas, inglesas y alemanas. Prefacio de A. Bonilla y San Martín y seis prólogos. (Obra dedicada a España). 9'50
 Por Fernando Maristany

Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas

Tomo I.	Heine.	Tomo XIV.	Balmont.
> II.	Leopardi.	> XV.	Horacio.
> III.	Shelley.	> XVI.	Goethe.
> IV.	Shakespeare.	> XVII.	Carrasquilla.
> V.	Victor Hugo.	> XVIII.	Maragall.
> VI.	Wordsworth.	> XIX.	Lord Byron.
> VII.	Pascoaes.	> XX.	Mörike.
> VII.	Verlatne.	> XXI.	Rubén Darío.
> IX.	Musset.	> XXII.	Canóes.
> X.	Novalis.	> XXIII.	Nazariantz.
> XI.	Carducci.	> XXIV.	J. de Ibarbourou.
> XII.	Dante.	> XXV.	D'Annunzio.
> XIII.	Lord Tennyson.	> XXVI.	Gómes Leal.

EN PREPARACIÓN:

Verdaguer - Browning - Lamartine - Fray Luis de León - Petrarca Antero de Quental - Guerra Junqueiro - Gutiérrez Nájera - João de Deus - Verhøren - Francis Jammes Samain - Hebbel - Silva - Dehmel - Querol - Milton - Rosalía de Castro - Edgar Poe, etc., etc.

Cada tomito, excelentemente impreso y presentado.	1'50
En papel de hilo y lujosamente encuadernado (sólo 100 ejemplares)	5
Cada cuatro poetas forman un volumen, bellamente encuadernado en tela.	6
Diez ejemplares a todo lujo	
Cántigas de amor, por Carmela Eulate	2'50
Antología de Poetas Orientales, por Carmela Eulate de Sanjurjo	3'50
Tabaré.—La leyenda patria, por Juan Zorrilla de San Martín (Agotada)	3

EN PREPARACIÓN:

Regreso al paraíso, por J. Teixeira de Pascoaes. Traducción de Eugenio Carballo.
Cancionero amoroso, por Enrique Heine. Traducción de Teodoro Llorente.
Antología de poetas castellanos modernos, por Alejandro Plana
Antología de poetas franceses, por Fernando Maristany. Prólogo de Alejandro Plana.
Las mejores poesías (líricas) españolas, escogidas por Fernando Maristany.

Biblioteca de Actualidades Políticas

La victoria en marcha, por Lloyd George, primer ministro de Inglaterra. Epílogo de Gabriel Hanotaux.—2.ª edición, con un autógrafo del autor 2'50

	<u>Pesetas</u>
Nuestro porvenir, por el general von Bernhardi	3
Grecia ante la guerra europea, por E. Venizelos; primer ministro de Grecia. Versión española y estudio biográfico de V. Clavel	3
España ante el conflicto europeo. Iberismo y germanismo, por E. Gonzalez-Blanco.	3
El deber de América ante la nueva Europa, por T. Roosevelt, ex presidente de los Estados Unidos	3
América por la libertad, por el Presidente Wilson. Prólogo de Edward Grey. Epilogo de Lloyd George	1'50
La sociedad de las naciones, por O. F. Maclagan. Prólogo de Albert Thomas	2'50
Europa en escombros, por el Dr. Guillermo Muehlon, Ex Director de la casa Krupp	2'50
El bolcheviquismo ante la guerra y la paz del mundo, por León Trotzky, Presidente de la República de los Soviets. Prólogo y traducción de Vicente Gay. 3. ^a edición.	3
La paz mundial, por Woodrow Wilson, con un autógrafo del autor	3
Dije siendo Emperador..., por Guillermo II.	1
Historia de la Revolución Rusa, por León Trotzky—3. ^a edición	3
La Revolución y el Estado, por Lenin	3
La República cooperativa, por E. Poisson. Traducción de Enrique Cebrián Gay.	4
La nueva Rusia, por E. Luboff. Traducción de I. Ribera	2'50

	<u>Pesetas</u>
<i>Serie Apasionata</i>	
La princesa de Cléves, por la Condesa de La Fayette.	1'60
Arte de amar, por Ovidio	1'25
Adolfo, por Benjamín Constant.	1'25
Abelardo y Eloisa Epistolario amoroso	1'25
Jacobo Ortis, por Ugo Foscolo.	1'50
Hermán y Dorotea, por J. W. Goëthe.	1'50
(Encuadernados aumentan 0'75 pesetas)	

Biblioteca de Autores Americanos

Motivos de Proteo, por J. Enrique Rodó.—3. ^a edición. 5'50 ptas.—En tela.	6'50
El Mirador de Próspero, por J. Enrique Rodó. 5'50 ptas.—En tela.	6'50
El camino de Paros, por J. Enrique Rodó.—2. ^a edición, aumentada	3'85 ptas.—En tela. 5
Ariel, por J. Enrique Rodó.	2 ptas.—En tela. 3'50
Hombres de América, por J. Enrique Rodó	4 En tela. 5'50
El que vendrá, por J. Enrique Rodó. 5 ptas.—En tela.	6'50
Florilegio de prosistas uruguayos, por Vicente A. Salaverri.	3

Teatro del uruguayo Florencio Sánchez. Prólogo de Vicente A. Salaverri. Tomo I.—*M'hijo el doctor.*—*Los muertos.*—*Nuestros hijos.* 2.^a edición.—Tomo II. *Los derechos de la salud.*—*En familia.*—*Moneda falsa.*—Prólogo de Juan José de Soiza Reilly.—Tomo III. *Barranca abajo.*—*La Gringa.*—*El desalojo,* cada tomo.

Cuentos del Río de la Plata, por Vicente A. Salaverri.

EN PREPARACIÓN:

"Ariel y Liberalismo y Jacobinismo," por J. E. Rodó.

Biblioteca Crítica

Los dramaturgos españoles contemporáneos, por Andrés González Blanco.

Costa y el problema de la educación nacional, por Edmundo González Blanco

Bibliografía crítica de ediciones del Quijote, impresas desde 1605 hasta 1917. Recopiladas y descritas por Juan Suñé Benajes y Juan Suñé Fonbuena

Biblioteca Comercial

Mecanografía (Escritura al tacto), por J. Asensi Bresó.

Gramática comparada anglo-española, por J. Saucó Bruñó.

EN PRENSA:

Correspondencia mercantil moderna, por J. Asensi Bresó.

Biblioteca Musical Villar

Beethoven, por Jean Chantavoine.—Wagner, por Henri Lichtenberger.—Liszt, por Jean Chantavoine.—César Frank, por Vincent d'Indy.—Mozart, por Henry de Curzon.—Mussorgsky, por M. D. Calvocoressi.—Victoria, por Felipe Pedrell.—Eximeno, por Felipe Pedrell. Precio del ejemplar.

Gabriel Fauré y su obra, por Luis Vuillemin. 3
Pablo Dukas, por Gustavo Samazeuilh. 2'50
El arte y el gesto, por Jean d'Udine. 7'50

Biblioteca de Viajes

La Bélgica que yo vi, por José Subirá. (Bruselas, Amberes, Lieja, Malinas Lovaina, Gante, Brujas, Ostende, Namur, etc.) 2'50
Viaje a Oriente, por Alfonso de Lamartine. (Agotada) 2'50

EN PREPARACIÓN:

En América Meridional, por Alfonso Maseras

Otras obras literarias

La tribuna roja, por B. Morales Sanmartín. (Agotada) 1'50
El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia, por Selma Lagerlöf. Premio Nobel de literatura.

tura. Traducción directa del sueco, con 18 preciosas ilustraciones de los más renombrados artistas suecos, hechas expreso para esta edición.	8
Espartaco, por Rafael Giovagnoli. Traducción del italiano.	5
Cesar Napoleón Gaillard a la conquista de América, por Juan Farmer. Traducción de Juan Planella	5
Tres Ingleses en Alemania, por Jerome K. Jerome. Traducción de Daniel M. Ferrando	4
Crónicas y Diálogos, por Jacinto Benavente.	1'50
Lo que los alemanes pueden perder, por F. Nietzsche.	1
El túnel, por Bernardo Kellermann	5
El camino azul, por F. Mirabent Vilaplana	3
Flor de carne, por Luis de Val.—2.ª edición	3'50
Animales amigos, por Alfonso Lopes Vieira, I. Ribera-Rovira y Fernando Maristany. Ilustraciones de Raul Lino y Arturo Ballester. Precioso libro dedicado a la educación moral de la infancia	8
Arte y realidad, por Rafael Altamira	3'50

Obras completas de B. Morales San Martín

I.—El Ocaso del hombre, novela simbólica	4
II.—El enigma de lo imposible, novela dramática.	4
III.—Tierra levantina, novela valenciana, 2 tomos	8

Selección de novelas breves

Fantasma de Oriente, por Pierre Loti. Traducción de V. Díez de Tejada	2
Los emigrantes, por Enrique Sienkiewicz	1'50
La campesina disfrazada, por A. S. Pushkin	1'50
El Patriarca, por Laza H. Lazarevich	1'50

Obra importante

Resumen de técnica operatoria, por los prosectores de la Facultad de Medicina de París. Traducción de los doctores don Rafael Juliá y don José Sueiras. Prólogo del doctor don José María Bartrina, Catedrático de Quirúrgica de la Facultad de Medicina de Barcelona. Obra interesantísima y completa, dividida en los siete tomos siguientes: I. Lenormant. <i>Cabeza y cuello</i> , con 247 figuras. II. Schwart. <i>Torax y miembro superior</i> , con 199 figuras.—III. Guibé. <i>Abdomen</i> , con 242 figuras.—IV. Duval. <i>Aparato urinario y aparato genital del hombre</i> , con 224 figuras.—V. Labey. <i>Miembro inferior</i> , con 241 figuras.—VI. Proust. <i>Aparato genital de la mujer</i> , con 288 figuras. VII. Veau. <i>Práctica corriente y cirugía de urgencia</i> , con 331 figuras. Cada tomo.	12
--	----

